La novela TEATRAL

Precio: 30 cts.

EL DRAGON DE FUEGO

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO, DIVIDIDOS EN NUEVE CUADROS, ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

PERSONAJES

DANI-SAR, rey del Nirván. - MAMNI, su esposa. - SITA. - KORA. - NADI. - MAD. MORIS. - MAD. FRANCIS.-MAD. ESTEVENS.-EL PRINCIPE DURANI.-JHANSI. NAGPUR.-DAULA.-EL GENERAL, duque de Ford.-EL CORONEL ESTEVENS.-EL CAPITAN LAKE.-EL CAPITAN FRANCIS.-MR. MORIS.-MR. COTTON.-EL PASTOR EVANGÉLICO.-KIRKI.-DHULIP. MAITRE D'HOTEL.-UN REPORTER.-SOLDADOS 1,º, 2.º, 3.º y 4.º-NIRVANESES 1.º, 2.º y 3.º Soldados del Nirván y de Silandia, esclavos, gente del pueblo, sacerdotes, músicos, etc,

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una calle en el Nirván.

Soldados y gente del pueblo.

Antes de levantarse el telón suenan tambores y cornetas que tocan retreta. Gente del pueblo, de aspecto miserable, tendida en montones. De vez en cuando pasa una dama europea en traje de baile, llevada en un palanquín por cuatro criados nirvaneses. Es de noche.

SOL. 1.º—(A otros soldados.) ¿Qué hacéis ahí? Es la retreta.

SOL. 2.º—Tenemos permiso hasta media noche.

SOL. 1.º-Eso creéis. Suerte que os coge presentables todavía. ¿No habéis oído el bando? A tambor y corneta se ha proclamado por todos los sitios donde se reunen militares. Acuartelados toda la noche. Los permisos por no concedidos.

SOL. 3.º—¿Qué dices?

SOL. 1.º—¿Pues no lo sabíais?

SOL. 2.º—¡Si todo está tranquilo! Ved. Las damas acuden al baile de palacio; asiste toda la oficialidad. ¡Si se temiera algo!...

SOL. 1.º—Asisten, porque han de aparentar que nada se teme. El rey celebra la proclamación del protectorado de Silandia y la salida del ejército aliado.

SOL. 2.º—Y todos debemos celebrarla. Cuando esperábamos una guerra que no sabemos cuándo hubiera terminado...

SOL. [3.º—La diplomacia lo ha arreglado todo, según dicen, pero nadie cree que esto dure.

SOL. 2.º—Nuestra Silandia ha triunfado una vez más.

SOL. 3.º—¡Silandia por siempre!

SOL. 1.º—Ha triunfado. Pero no del todo, como quisiéramos. El protectorado no es nada.

SOL. 2.º—Es el principio. Pronto será la posesión.

SOL. 1.º—Franconia no desiste. Es nuestra eterna enemiga; está pendiente de nosotros y toda Europa con ella. Al menor pretexto volverán a intervenir.

SOL. 2.º—¡Lo veremos! Ya habéis visto cómo han tenido que abandonar el campo. El rey es amigo de Silandia.

SOL. 1.º—En apariencia. A Franconia debe ser rey, y cualquiera fía en esta gente.

SOL. 2.º—Los grandes son esclavos del rey. Y esos se mueren de hambre y la peste los diezma. Además son cobardes.

SOL. 1.º—Son astutos, falsos y vengativos.

SOL. 2.º—Uno solo de nuestros cañones basta para barrerlos a todos. Y a todo el Nirván, si intentara levantarse contra nosotros.

SOL. 1.º—¡Sí, sí; eso creéis! Hubiera preferido combatir contra el ejército aliado. (Entran más soldados.)

UNOS.—¿Qué esperáis? ¡Al cuartel pronto! ¿No habéis oído el bando?

Otros.—¡Sí, sí! ¡Ya vamos!... ¡Vamos todos! (Salen los soldados.)

Nir. 1.º—(Incorporándose perezosamente.) ¡Malditos sean!

Nir. 2.º—¡Que nuestros mares y nuestros ríos se desborden para anegarlos!

Nir. 3.º—¡Que la tierra les falte!

Nir. 2.º—¡Que el fuego del cielo y de la tierra los confunda!

Nir. 1.º—¡Malditos sean los hombres blancos! ¡Los tigres de ojos azules, color de maldición!

Nir. 2.º—¡Llegará el día!

Nir. 3.º—¡No estará lejos! (Vuelven a tenderse.)

Esclavos.—(Que pasan conduciendo un palanquín.) ¡Paso, paso!...

Nir. 1.º—Sus mujeres van al palacio de nuestro rey.

Nir. 2.º—El rey celebra fiestas en su honor, mancillándose al contacto del extranjero.

Nir. 3.º—¡Insultan a nuestros dioses! ¡Los dioses castigarán el insulto!

Nir. 1.º—¡Nadie se burló de los dioses sin ser castigado! (Pasan varios oficiales.)

Nir. 2.º—¡Son los vencedores! ¡Ay de nuestra tierra, y de nuestras mujeres, y de nuestros hijos!

Nir. 1.º—¡Nuestra tierra está maldita, estéril; como debieran serlo nuestras mujeres mientras el extranjero insulte a nuestros dioses! (Entra Dhulip.)

Dhu.—¡Nosotros lo quisimos! ¿Por qué encendisteis la guerra entre hermanos? ¿Por qué dejasteis que Dani-Sar, débil, amigo de los hombres blancos, venciera a su hermano; a Dani-Sar, el hijo de los dioses, el tigre del Nirván? El extranjero intervino en nuestras discordias y vencieron los que no debieron vencer.

Nir. 1.º—Es verdad, es verdad. Es nuestro castigo.

Dhu.—Dani-Sar nos venderá al extranjero. Es su amigo, su aliado. Ellos reinan por él. El príncipe Duraní, nuestra esperanza, semejante en todo a su hermano mayor, ha sido entregado a los extranjeros y hoy nos le devuelven impuro: extranjero en el traje; extranjero en el habla; extranjero en su corazón. El príncipe Duraní; el sol de nuestra esperanza.

Nir. 1.º—No hay esperanza para nosotros.

Dhu.—¡Siempre hay esperanza en los dioses! ¿No mirasteis al cielo este anochecer? Vosotros nada visteis; los sacerdotes del rey tampoco vieron nada. Pero yo, Dhulip, el sacerdote de los parias, paria como vosotros, sí lo he visto. En el cielo ha brillado esta noche el Dragón de fuego.

Nir. 1.º—¡El Dragón de fuego!

Dhu.—¡Los dioses están con nosotros! El Dragón de fuego, signo de destrucción de nuestros enemigos. Es la señal; podemos atrevernos a todo; a exterminar al extranjero.

Todos.—¡Sí, sí!

Dhu.—El Nirván es tierra sagrada.

Todos.—¡Sí, sí!

Dhu.—¡Muerte a los hombres blancos de ojos azules!

Todos.—¡La muerte!

Dhu.—¡Por nuestros dioses en el cielo! ¡En la tierra por nuestros padres y por nuestros hijos; por cuantos murieron y por cuantos han de nacer!

Nir. 1.º—¡Muerte al extranjero!

Nir. 2.º—¡Silencio! ¡Silencio! (Pasan oficiales.)

Nir. 1.º—¡Ni siquiera nos miraron!

Nir. 2.º—Nos desprecian y nada temen.

Dhu.—¡Que duerman confiados! Ellos no verán brillar el Dragón de fuego. El rey Dani-Sar no lo verá tampoco. ¡Sólo brillará para los creyentes!

Nir. 1.º—¡Como nosotros!

Dhu.—Invocad el fuego sagrado. Enceded antorchas en vuestras viviendas, y hogueras en vuestros campos. Es la señal. Los dioses están con nosotros.

Nir. 1.º—Sí, sí. Celebraremos la adoración del fuego

Nir. 2.º—¡El fuego que ha de purificarnos!

Nir. 1.º—¡El fuego que ha de destruir a nuestros enemigos! (Salen todos menos Dhulip. Entra Nagpur.)

NAG.—¡Dhulip!

DHU.—¿Quién eres?

NAG.—¿No me conoces?

DHU.—Sí; eres Nagpur, sacerdote del rey. ¿No temes contaminarte al contacto del sacerdote de los parias?

NAG.—En otro tiempo, sí. Hoy debemos olvidar los preceptos de los dioses. Cielo y tierra están trastornados. ¡Dhulip! Hablabas a los tuyos contra el extranjero y estás vendido a Silandia.

DHU.—¿Que dices?

NAG.—Estás vendido para levantar en rebelión a esos miserables. Silandia desea que el Nirván pretenda rebelarse contra ella, para tener pretexto de apoderarse de él por completo y para siempre.

DHU.—Es falso.

NAG.—No lo niegues, es inútil. Soy tu amigo y tu aliado. ¿Conoces la señal? Yo, como tú, he visto brillar el Dragón de fuego. El rey Dani-Sar será el primer rebelde contra Silandia. Silandia proclamará al príncipe Duraní, dócil hechura suya; imagen de rey, sin poder alguno, sólo en el nombre, para evitar la intervención de nuevo. A tu cargo corre sublevar a esas turbas hambrientas y fanáticas. ¡Bien empezaste! Mañana volveremos a vernos. Soy tu amigo, sacerdote de los parias; tu amigo y tu aliado.

DHU.—¡Tu amigo y tu aliado, sacerdote del rey! Mira. La adoración del fuego comienza. Por cada llama un creyente y un soldado.

NAG.—Pocos bastan. Poco fuego y poca sangre. Silandia no quiere ser cruel.

(Sale. Entran los nirvaneses con antorchas y cazoletas con luces de colores.)

TODOS.—¡Dios del fuego! ¡Dios del fuego!

DHU.—¡Invocadle! ¡Adorarle! ¡Eres el Sol, eres la Luz, eres el Rayo! ¡Eres el Odio y el amor; la Vida y la Muerte!

TODOS.—¡Dios del fuego! ¡Dios del fuego!

DHU.—¡Adoradle, adoradle!

CUADRO SEGUNDO

Gran salón en el Palacio Real.

Mad. Moris, Mr. Moris, Mr. Cotton y el Pastor Evangélico.

Se oye a lo lejos una banda militar. La Guardia Real nirvanesa y los soldados de Silandia, en traje de gala, dan guardia de honor. Esclavos nirvaneses circulan, ofreciendo confituras y refrescos. Invitados europeos y dignatarios nirvaneses pasean o conversan sentados.

MOR.—Hoy podemos considerarnos como en nuestra Silandia.

COT.—La diplomacia nos ha salvado por esta vez.

MAD. MOR.—Enviando a tiempo una poderosa escuadra y un poderoso ejército.

COT.—Sí, la fuerza. En último caso hubiera sido nuestra razón contra el mundo entero. Pero en esta ocasión, reconozcamos que mucho se nos debe a nosotros; a los que, antes que con las armas, supimos hacer nuestra, mejor dicho, de nuestra Silandia, esta hermosa región, digna de ser civilizada por nosotros. Nuestro comercio, nuestras factorías, las mil empresas en que hemos logrado interesar a los grandes capitales de Europa, han pesado más en esta ocasión que los acorazados y los ejércitos de todas las potencias aliadas.

PAS.—¿Olvidáis el auxilio de la Providencia, que está con nosotros? Porque no somos, al conquistar, el fuego que abrasa, sino la luz que ilumina. Tenedlo presente: sólo por el espíritu se triunfa. Nada será nuestro, mientras nuestro espíritu no esté en todo. Es preciso evangelizar a estas gentes para merecer el favor divino.

MOR.—¿Quién lo duda? Evangelizar en interés de todos.

COT.—Nunca por medios violentos, que pudieran comprometer nuestra obra. Ante todo, es preciso fomentar los intereses materiales, civilizar. Una vez civilizados, aceptarán nuestras creencias sin esfuerzo, como un producto más que se les ofrece en buenas condiciones.

PAS.—Os expresáis en lenguaje demasiado mundano; pero tenéis razón en el fondo.

Cot.—Por fortuna, nuestros pastores son buenos patriotas y saben lo que conviene a los intereses de Silandia.

Pas.—Los intereses de Silandia son los intereses de la religión.

Mor.—Lo importante es que el elemento militar no quiera imponer su influencia, como es de temer.

Cot.—¡Creen que sin ellos no es posible colonizar!

Mor.—Todo lo supeditan a sus intereses.

Cot.—Y hay que hacerles entender que ellos sólo representan la fuerza, y la fuerza es sólo un medio para fines más altos. La guerra es transitoria. Un medio de conseguir la paz.

Mor.—Y la paz somos nosotros: el comercio, los intereses, la civilización.

Pas.—El espíritu.

Cot.—Eso es. El espíritu. (Bajo a Mr. Moris.) ¿No teméis que los pastores nos comprometan por exceso de celo?

Mor.—No lo temáis. Todos ellos son accionistas de nuestra Compañía. Están en su papel, y hay que aceptarlo sin alarmarse.

Mad. Mor.—Reina el mejor tono en la fiesta. Más que en el palacio de un rey algo salvaje, lo diremos bajito, parece que nos hallamos en una corte europea.

Mor.—Hoy los invitados son ellos; los señores nosotros.

Cot.—El rey Dani Sar admira y acepta la superioridad de nuestra civilización. La luz eléctrica, el teléfono, el fonógrafo, están admitidos en su palacio. Hasta la música de Wagner.

Mad. Mor.—Que, según mis noticias, está desterrada de algunos países europeos.

Pas.—El general, duque de Ford, llega.

Mor.—Es un hombre impenetrable; nunca se sabe cómo hablar con él.

Cot.—Demasiado militar.

Pas.—Le falta el espíritu.

Mor.—Se opone a la explotación de las minas por nuestra Compañía.

Cot.—Y su fortuna personal es considerable. Será difícil convencerle.

Pas.—Por el interés material, seguramente no. Pero por el interés patriótico, espiritual, ¡quién sabe!

Dichos, General Duque de Ford, Mad. Estevens, M. Francis, Coronel Estevens y Capitán Francis.

Gen.—¡Señores!...

Mor.—¡General!

Gen.—Permitid. Un abrazo que debe uniros hoy a todos los que hemos compartido en los días pasados zozobras y peligros, con el pensamiento puesto en nuestra Silandia. Hoy es la paz, el triunfo, si no tan completo como deseábamos, suficiente para nuestras esperanzas.

Mor.—Si en los días de prueba nos habéis tenido de vuestra parte, dispuestos a todos los sacrificios, mejor podéis contar con nosotros para la obra de paz y de civilización que desde ahora hemos de emprender.

Gen.—Sabrá nuestro rey, sabrá Silandia entera con orgullo, cómo se ha portado el elemento civil en estas críticas circunstancias. Por mi parte os debo a todos eterna gratitud. Permitid que salude a vuestra esposa; es la primera vez que tengo el placer de verla, después de tantas inquietudes.

Mad. Mor.—¡General! Os felicito con todo mi corazón.

Gen.—Habréis pasado días horribles...

Mad. Mor.—Todo era de temer. Más que de estas gentes, que en medio de su ignorancia y de su fanatismo saben estimar a los que ningún mal les hicimos, de las tropas aliadas, unidas por el deseo de humillar a Silandia, más que de pacificar el Nirván.

Gen.—Así era, en efecto. Vuestra casa ¿ha padecido algún estrago?

Mad. Mor.—Ninguno, señor. Nuestros criados son un modelo de lealtad y no han cometido el menor exceso, como en otras partes. Al contrario, fueron los primeros en defendernos contra unos soldados de Franconia que una noche intentaron asaltar nuestra casa. Ya sabéis. Las tropas de Franconia han sido la vergüenza de Europa en esta ocasión.

GEN.—En Franconia aseguran que lo han sido las nuestras.
EST.—Y en Suavia que lo han sido todas, menos las suyas.
FRA.—Si no hubiéramos dado ejemplo... Nosotros impedimos que se entregaran al pillaje en el Palacio Real.
COR.—Que destruyeran los templos.
FRA.—Que asesinaran a mujeres y niños.
GEN.—Europa sabrá la verdad, aunque nuestros enemigos quieran falsearla.
MAD. MOR.—General... ¿Me hacéis el favor de presentarme a estas señoras? Compatriotas y tan lejos de nuestra patria, es una falta imperdonable que no seamos amigas.
GEN.—Cierto... Mad. Estevens... Mad. Francis..., permitidme que os presente... Mad. Moris, esposa del digno director de la Real Compañía de Comercio y Navegación... Mad. Estevens, Mad. Francis, esposas del coronel y del capitán a quien ya conocéis, dignas compañeras de soldados tan valerosos, que no han vacilado en seguirlos.
MAD. MOR.—¡Es admirable!
MAD. EST.-También acompañáis a vuestro marido, también os habéis sacrificado.
MOR.—Mi mujer ha nacido aquí. Aquí nos conocimos y aquí nos casamos. Soy yo el sacrificado. Yo deseo volver a Silandia apenas los asuntos de la Compañía me lo permitan, y ella no consiente de ningún modo.
MAD. MOR.—¿No comprendéis mi cariño a esta tierra?
MAD. FRA.—Es un país delicioso.
MAD. EST.—No comparto vuestra admiración. A mí me parece horrible. ¡Estas gentes salvajes; tanta suciedad, tanta ignorancia!
EST.—Mi mujer sólo conoce los salones y los teatros de nuestra capital. Sólo ha paseado en coche por sus calles principales y nunca por los barrios extremos.
COT.—La miseria y la ignorancia de nuestras grandes capitales es algo peor.
PAS.—Aquí no me han apedreado todavía; no puedo decir lo mismo de mis expediciones a los suburbios de nuestra metrópoli.
GEN.—Entonces, ¿por qué no continuasteis allí vuestra obra de evangelización? Hubiera sido más meritoria, si os ofrecía un martirio glorioso.
PAS.—General... Allí son muchos los que atienden al servicio de Dios; aquí son pocos.
GEN.—Y mejor retribuídos.
PAS.—Tengo tres hijas casaderas, general.
GEN.—¿Las tenéis aquí?
PAS.—No quise exponerlas a los riesgos del viaje. Si dentro de un año no se han casado allí, las haré venir con su madre.
GEN.—¿No tenéis aquí a vuestra esposa? Daréis lugar a murmuraciones.
PAS.—General, podéis visitar mi humilde vivienda. No veréis más criadas que dos negras horribles. He enviado los retratos a mi esposa y me ha contestado que está tranquila. Sé cuánto debo a los intereses que represento.
GEN.—Ya lo sé, mi querido pastor. Perdonad mis bromas.
MAD. MOR.—Ahora que ya podremos normalizar nuestra vida, ¿tendré el gusto de que me acompañéis a tomar el te de las cinco algún jueves? Es mi día.
MAD. EST.—¿Los jueves? ¡Qué lástima! Es nuestro día de «lawn tennis». Pero el general proyecta la fundación de un Gran Casino, al que asistiremos las señoras, y que ha de ser un agradable punto de reunión para la colonia.
MAD. FRA.—Debemos contribuir por todos los medios a la reunión de los compatriotas.
MAD. EST.—Cuanto estreche nuestras relaciones, es importante para la obra de todos.
MOR.—¡Silandia por siempre!
TODOS.—¡Viva Silandia!
GEN.—¡Viva el Nirván, señores! No despertemos recelos entre sus naturales.
MAD. EST.—¡Es encantadora Mad. Moris! Creo que hemos de ser muy amigas.
MAD. FRA.—Si. Pero habrá que informarse escrupulosamente. No conviene intimar con gente desconocida, y menos si pertenece al elemento civil.

MAD. MOR.-Son muy amables estas señoras. Siento no haberlas conocido antes.

MOR.—Sí. Pero no conviene mucha intimidad con ellas. Esposas de militares, se creen superiores a nosotros. Acaso más adelante haya que ponerse enfrente... Mejor es vivir distanciados desde luego.

COT.—La cuestión de las minas ha de complicarse... El general opina que deben continuar en poder del rey Dani-Sar... ¡Una riqueza perdida en sus manos!

MOR.—Cree que la explotación de las minas por nuestra Compañía sería el pretexto de una conflagración europea.

COT.—Si le hiciéramos caso... Pero sabiendo llevar las negociaciones...

MOR.—Con el rey Dani Sar son imposibles... Franconia le sostiene.

COT.-¿Y no hay más rey posible que Dani-Sar? Su hermano el príncipe Durani.

MOR.—El general no nos pierde de vista... ¿No dije? Ya se acerca.

GEN.—Señores... Puedo mandar, y suplico. En nombre de nuestra patria, reprimid vuestras impaciencias. Europa está fija en nosotros... Creed que nuestras esperanzas y nuestros deseos son unos, y no tardarán en verse realizados; pero es preciso que marchemos unidos y que no comprometáis la realización de nuestro triunfo por querer anticiparlo. Confiad en mi patriotismo. ¿Estamos de acuerdo?

MOR.—Siempre, general.

COT.—En todo.

GEN.—Ved... El príncipe Durani vestido a la europea. Regresa de Silandia, y su corazón es nuestro. Pensáis como yo, ¿no es así? Sepamos esperar. Los débiles son los impacientes. (Entran el Príncipe Durani y el Capitán Lake.)

GEN.—Alteza... Hermosa fiesta, ¿no es verdad? En nuestra corte habréis asistido a muchas parecidas; pero en ésta será mayor vuestra alegría al hallaros de nuevo en vuestra patria y entre los vuestros.

DUR.—En la corte de Silandia no pude considerarme nunca como extranjero. Sus reyes y sus príncipes me trataron siempre como a un hijo, como a un hermano. El capitán Lake, que allí me acompañó y de quien nunca quisiera separarme, os dirá cuánta fué mi tristeza al dejar vuestra hermosa tierra y a vuestros amados príncipes.

LAKE.—Es cierto. Y no fué menos su pena tampoco. ¡Coronel!... Os ruego que me presentéis a vuestra esposa. Y a la vuestra también, amigo mío.

EST.—Con mucho gusto... Nuestro buen amigo el capitán Lake, que llega de Silandia a las órdenes del príncipe Durani.

MAD. EST.—Caballero...

MAD. FRA.—¿Habéis venido por vuestro gusto?

LAKE.—Completamente. Soy militar por verdadera vocación, por espíritu bélico; y en Silandia, sin salir nunca de la capital, desde que terminé mis estudios, la carrera que yo emprendí muy ilusionado, sólo me ofrecia la sujeción de la disciplina en la monotonía insoportable de una existencia ordenada, sin los encantos del peligro, de las aventuras. Por fortuna, a la llegada del príncipe Durani me destinaron como uno de sus ayudantes; simpatizó conmigo de un modo extraordinario, y él mismo pidió a Su Majestad que me permitiera venir con él.

EST.—¿No ha contribuído a vuestra determinación algún desengaño amoroso? El capitán es tan enamorado como buen militar.

FRA.—El amor es lo más parecido a la guerra.

LAKE.—Y una guerra en que es indiferente vencer o ser vencido, porque siempre se gana.

MAD. EST.—¿Es verdad lo que nos dicen, capitán?

LAKE.-Os aseguro que mi reputación en ese punto es inmerecida. Una sola aventura ruidosa, por tratarse de cierta persona...

MAD. FRA.-¡Ah! ¡Ya recuerdo! Sois el capitán Lake..., del que, según dijeron, estuvo tan enamorado la...

EST.—No hay para qué nombrarla.

MAD. FRA.-(Bajo a Mad. Estevens.) ¿No os acordáis? Es el capitán Lake; el que...

MAD. EST.—El que... Sí, es muy simpático.

MAD. FRA.-Ya os acordaréis de lo que hablaron los periódicos. Todas las «Ilustraciones» trajeron su retrato.

Mad. Est.—Y no lo desterraron desde el primer momento, porque perteneeé a una de las familias más ilustres.

Mad. Fra.—Pero, sin duda, por eso le han enviado aquí a la primera ocasión. ¡Es muy interesante! Hay que hacer que nos cuente toda la historia.

Mad. Est.—Seguramente la princesa sería la primera en declararse. ¡Tratándose de una persona tan elevada, un hombre no es capaz de atreverse el primero!... Quisiera saber cómo se atrevió ella.

Mad. Fra.—Nos lo contará todo.

Dur.—(Al General.) Tenéis razón, es triste. En Silandia, y a pesar de los halagos de todos, me acordaba con pena de mi patria y de los míos. Por el recuerdo y la distancia todo me parecía más hermoso. Pero al volver, ¡qué triste todo y qué miserable! No es posible vivir así más tiempo.

Gen. No es posible, Alteza. El Nirván, tierra de promisión, bendecida por Dios, por los dioses, no puede vivir por más tiempo apartada de nuestra civilización.

Dur.—Sin duda.

Gen.—Vuestra tierra es hermosa, como debió serlo el mundo recién creado. La naturaleza es en ella como sonrisa de niño. Pero, como niño, necesita cuidados y protección. Silandia será madre solícita, y como madre llega. Somos los elegidos; pero no queremos serlo ni por la casualidad ni por la violencia, sino por nuestro amor.

Dur.—Todos debieran amaros como yo os amo. Silandia es grande, poderosa; sus hombres son como dioses, más que humanos son los prodigios que en ella admiré. Aun creo que he soñado. Es hermosa Silandia, muy hermosa.

Gen.—Y allí el cielo y la tierra son inclementes para el hombre. Pensad lo que puede ser el Nirván, donde la tierra es fértil sin trabajo, donde el cielo es claridad y alegría, donde las minas no están sepultadas, sino a la luz del sol, entre arenas de oro, que son oro y diamantes.

Dur.—Si los dioses nos permiten soñar con un mundo mejor y hay poder en nosotros para realizar nuestro sueño, ¿por qué hemos de esperar de los dioses mayores prodigios que el haber permitido que nosotros seamos como ellos, creadores y fuertes? Yo sueño para mi patria, lo que sueño me pareció al llegar a la vuestra. Como yo he despertado, despertará el Nirván, o nunca hubiera yo nacido.

Gen.—Así quiero oíros, mi querido príncipe. Por algo os envié a Silandia contra la voluntad de todos.

Dur.—Sí, de todos, que ahora me consideran impuro, contaminado por el extranjero, indigno de reinar si llegara el caso. Al volver, no escuché una sola palabra de bienvenida. En las miradas de todos, desprecios, amenazas. En los que mejor me quisieron en otro tiempo, tristeza acusadora. Yo, que desde el día en que nací no pasé una vez entre los míos sin oir bendiciones a mi nombre, deseos a la esperanza de una vida gloriosa, cantares que predecían felicidad... A mi paso caían deshojadas todas las flores de los jardines; los sacerdotes se postraban como ante sus dioses; las bayaderas de sus templos tejían a mi alrededor las danzas sagradas de los misterios; las vírgenes enrojecían amorosas como ante el prometido; las madres alzaban en brazos a sus hijos y les enseñaban a pronunciar mi nombre, y los soldados me ofrecían las armas entre gritos de triunfo y saludaban en mí al caudillo esperado, que había de llevarles siempre a guerras victoriosas... Mi corazón es fuerte: nadie me vió llorar, y ahora he llorado... Nadie me ama en mi patria; el Nirván me maldice.

Gen. El Nirván os ama; por temor oculta su afecto Si llegara el día de probarlo.

Dur.—¿La guerra otra vez entre hermanos? No, general. Por mí, nunca.

Gen.—Por vuestra patria, por su felicidad, por su gloria.

Dur.—No quisiera que necesitara de mí... Amo a mi hermano y me ama. Es el único que volvió a verme con alegría, el único que se interesa por cuanto ví en mi viaje, que no se burla de mí cuando hablo de la grandeza de Silandia. Creedlo; Dani Sar no se opondría a vuestra obra.

Gen.—El no, Franconia. Le sentó en el trono como condición precisa para no declararnos la guerra; le obligó a unirse, sin amor, a la hija de Jhansi, el fanático feroz y ambicioso que sublevó el Nirván contra vuestro hermano mayor,

por odio a los extranjeros. ¿Qué podemos esperar de vuestro hermano, aunque él quisiera? Cuantos le rodean, nos odian. No tardarán en probarnos su odio.

Dur.—No lo creo; lo habéis dicho. Dani-Sar se unió sin amor a la hija de Jhansi. Su influencia no pesa nada en el corazón de mi hermano, ni siquiera le ha dado un hijo. Y ya se asegura que, según lo prescrito, el rey debe tomar una segunda esposa.

Gen.—Antes sería capaz el viejo Jhansi de sublevar el Nirván entero contra Dani-Sar, y de daros a todos muerte. Estad prevenidos. Yo lo estoy por mi parte, y siempre me tendréis a vuestro lado.

Dur.—Gracias, general. Pero quieran los dioses que no vuelva la guerra; que yo no tenga que luchar contra mi hermano, como él luchó contra el nuestro. Todas las aguas del río sagrado no bastan a lavar las manos manchadas con sangre de un hermano. Yo no ambiciono el trono; no envidio a Dani-Sar. Quiero la gloria y la felicidad de mi patria sobre todo; pero tanto la gloria y felicidad de mi hermano. Le quiero con todo mi corazón, y con todo su corazón me quiere, estoy seguro. (Música.)

Gen.—¡Los reyes!

Dur.—Es la señal de que termina la fiesta. ¡Capitán!

Lake.—¡Perdonad!... ¡Alteza!

Dur.—Hemos sacado pocas fotografías. Ya veréis, general. Soy un admirable fotógrafo. Aprendí en Silandia. Ya veréis los retratos de vuestros soberanos hechos por mí. Fueron tan amables... Vuestro príncipe heredero también es muy aficionado a la fotografía. ¡Tiene una colección!... Hay mujeres muy hermosas en vuestra tierra.

Gen.—Seguramente habréis simpatizado mucho con Su Alteza.

Dur.-Mucho. Me presentó a la famosa Diana de Lis, una bailarina encantadora. Se reía mucho oyéndome contar que aquí las bailarinas tienen carácter sacerdotal.

Gen.—¿De modo que os han encantado nuestras mujeres?

Dur.--Son hermosas; pero mi corazón es sólo de una, mi único amor; el amor de toda mi vida; la que será mi esposa muy pronto, si mi hermano consiente.

Gen.—¿Y es...?

Dur.—La hermosa Sita. Vive en palacio, y en él se ha criado con mi madre y con mis hermanas. Desde niños nos amamos.

Gen.—¿Y no os olvidó en vuestra ausencia?

Dur.—Su corazón es mío.

Gen.—¿Y decíais que nadie os amaba en el Nirván?

Dur.—Sí, ella y mi hermano; los dos. Porque su amor es grande y verdadero, y así el amor está sobre todo: sobre la patria, sobre la religión, sobre la voluntad de los hombres y el poder de los dioses.

Gen.—Me asusta oíros tan apasionado. Yo pensé que otro sentimiento más grande que el amor llenaba vuestra alma.

Dur.—¿Más que el amor? No existe.

Gen.—La ambición, la gloria.

Dur.—Nada. Cuando el corazón ama, todo otro sentimiento se pierde por insignificante en la inmensidad del amor, como en la inmensidad del mar se perderían, si en él se arrojaran, todos los tesoros del mundo.

Soldados.—¡Paso! ¡Paso!

Lake.—Los reyes se despiden.

Dichos, Dani Sar, Mamni, Sita, Kora, Nadi, Jhansi y Nagpur.

Los nirvaneses se prosternan, los europeos saludan con una inclinación.

Dani-Sar.—Hemos gozado unas horas felices después de muchos días de tristeza. ¡Gloria al dios de los dioses! ¡Gloria a Silandia, que ha devuelto la paz a mi reino y la alegría a nuestro corazón!

Gen.—¡Gloria al rey Dani Sar y a los suyos! ¡Gloria al Nirván!

Dani-Sar.—¡Y ahora la tristeza de separarnos! No hay alegría sin pena en el mundo. Una hora de alegría es algo que robamos al dolor y a la muerte, y el cielo nos recuerda pronto nuestro destino. ¡Felicidad a todos!... General, os veré muy pronto... ¡Amigos del Nirván y amigos de su rey, felicidad a todos!

GEN.—¡Viva el rey Dani-Sar!

TODOS.—¡Viva!

DANI-SAR.—¡Viva Silandia!

TODOS.—¡Viva! (Salen los invitados.)

Dani-Sar, Mamni, Sita, Kora, Nadi, el Príncipe Duraní, Jhansi y Nagpur.

MAM.—¡Viva Silandia! ¡Y eres tú quien lo dice! Harto es oirlo de su boca, soportar su presencia y su contacto, respirar el aire que ellos respiran...

DANI-SAR.—¡Silencio!

MAM.—¡Silencio! ¡Como esclavos, esclavos todos! No te llames rey. El último paria de tu reino es menos esclavo que tú. Nadie le obliga a mostrar amor al extranjero, a desearle gloria y felicidad como a un hermano, a pronunciar ¡viva Silandia! Su odio calla, pero no miente. Es más rey en su corazón que tú en el Nirván.

DANI SAR.—¡Silencio, Mamni! ¡Dios lo ha querido!

NAG.—No insultes a los dioses. Están contigo y con nosotros. Tu brazo es fuerte, tu voluntad suprema. ¿Es que necesitas también que los dioses combatan a tu lado? Bastante es protegernos con sus favores. El Dragón de fuego ha brillado esta noche.

DANI-SAR.—Conozco tus prodigios.

NAG.—Tu corazón es del extranjero.

JHAN.—Les entregó lo mejor de su corazón: su mismo hermano. Más piadoso fuiste al dar muerte al primero.

DANI-SAR.—¡Calla! ¡Callad todos! ¿Quién llamó al extranjero? ¿Quién dió muerte a mi hermano? Vosotros, porque le juzgásteis como ahora a mí, vendido al extranjero. ¡Y era tu ambición, Jhansi, que no consiguió el amor de mi hermano para tu hija y el trono para ella con su amor! Y era tu codicia, Nagpur, que veías alejarse a los mejores de tus templos y burlarse de sus misterios! Era que el Nirván despertaba y temíais su despertar... y dijisteis: son los extranjeros... ¡Extranjeros! Para mí, no. Menos extranjeros que vosotros; porque traen fuerza y vida, y yo quiero vivir. ¿Qué era el Nirván antes de que llegaran? Vosotros, dueños de todo, más poderosos que el rey, y los demás... muertos y sombras, consumidos por la peste y por el hambre. La fuerza, para contener a los rebeldes; la mentira, para consolar a los cobardes. Yo no quiero reinar por la fuerza ni por el engaño, sino por el amor y la justicia. Y antes que a vosotros entregaré el Nirván al extranjero.

NAG.—¡No le escuchéis!

JHAN.—Recuerda cómo murió tu hermano.

DUR.—¡Hermano mío, no temas! Silandia nos protege. ¡No es extranjero quien nos ama!

MAM.—¿Lo oyes, padre mío? No es mi esposo; mi vida no puede ser suya. Bien hicieron los dioses en no darme hijos que él hubiera entregado al extranjero. ¡Nunca madre de esclavos como él! ¡Antes, yo misma esclava! Dani-Sar, no tardes en elegir nueva esposa; es ley y es mi deseo.

JHAN.—¡Mamni!

MAM.—¿Qué me importa? Yo le hubiera adorado como a un dios si no tuviera alma de esclavo. Yo le hubiera seguido al combate y mi corazón hubiera sido su escudo. Si era la muerte su destino, el golpe que había de matarle primero me diera a mí muerte. Si con mi muerte podía evitarlo, él viviría.

Dichos y Daulá.

DAU.—Dani-Sar...

DANI SAR.—Habla.

DAU.—Un tropel de miserables, conducido por uno de sus sacerdotes, celebra la adoración del fuego.

DANI-SAR.—¿Por qué en este día?

DAU.—Aseguran que ha brillado el Dragón al anochecer. (Rumores.)

DANI SAR.—¡Silencio!

DAU.—Recorren las calles y los templos, prendiendo luces y fogatas, y van gritando: ¡Muera Silandia!

DANI-SAR.—¡Miserables!... ¿Son muchos?

DAU.—Crece el número por momentos. Esperan la salida del sol, porque esperan ver brillar de nuevo el Dragón de fuego.

DANI-SAR.—No lo verán... Ni la luz del sol tampoco. ¿Bastarán cien soldados?

DAU.—Bastará con su presencia para dispersarlos.

JHAN.—¿Tus soldados? Mejor las tropas de Silandia... ¿No deben protegerte? ¿No deben salvarnos a todos?

DANI-SAR.—Las tropas de Silandia no intervendrán hasta el último extremo.

JHAN.-¿Para que recaiga el odio sobre ti? ¡Insensato Dani-Sar, eres su juguete!

DANI-SAR.—Pero no seré el vuestro. ¡Duraní, Daulá, seguidme! (Salen Dani-Sar, Duraní y Daulá.)

Mamni, Sita, Kora, Nadi, Jhansi y Nagpur.

JHAN.—Ya lo ves, para nada cuenta conmigo. ¡Para esto combatí a su lado faltando a mis juramentos! Para esto sacrifiqué el corazón de mi hija adorada, y se la entregué por esposa como ofrenda de paz entre las dos facciones que destrozaban su reino! Mi hija en el trono, yo a su lado, aseguraba a los creyentes que nuestros dioses y nuestras leyes serían siempre respetados; que el extranjero no dominaría nunca en el Nirván. ¡Ya lo veis, ya lo ves!... Nuestro rey es el primero en vendernos; es su enemigo el que grita ¡Muera Silandia!, y envía sus soldados contra los creyentes y los leales!

NAG.—Los soldados de su guardia no le obedecerán por esta vez.

JHAN.—Son tropas instruidas por oficiales de Silandia. Hay en ella nirvaneses y musulmanes; gente perdida, sin patria y sin fe.

NAG.—¡No importa! Se resistirán a obedecerle. Las nuevas armas que les han entregado los oficiales de Silandia no son de su agrado. Entre esa gente despreciable hay algunos creyentes. Las armas necesitan, para su cuidado, ser muy bien engrasadas. Las tropas de Silandia se sirven, sin reparo, de la grasa de vacas y carneros. Para los creyentes cuanto procede de un ser viviente es sagrado, y sólo en sacrificios a los dioses puede ser ofrecido. La guardia de Dani-Sar se negará a servirse de esas armas que ofenden a los dioses.

JHAN.—Aun hay creyentes, aun hay esperanza.

NAG.—Dani-Sar con su guardia nada podrá contra los rebeldes. Las tropas de Silandia tendrán que defenderle contra su mismo pueblo, y entonces, unidos los creyentes, podremos decirle: «Rey Dani-Sar, elige; rey del Nirván o esclavo del extranjero, con los tuyos o contra ellos.»

MAM.-Silandia no le protejerá. Silandia le odia y le desprecia, y le abandonará a su suerte. Su rey es el príncipe Duraní, que renegó de su religión y de su patria.

JHAN.—Duraní ama a su hermano, no combatirá contra él. Los dos se unirán con el extranjero para exterminar a los creyentes.

MAM.—Unidos, no; se odiarán.

JHAN.—¿Qué puede separarlos? Los dos aman al extranjero; los dos esperan de él la felicidad del Nirván.

MAM.—Los dos aman a una mujer; los dos esperan de ella su felicidad. Te digo que han de odiarse hasta la muerte, o mi corazón es traidor como el suyo. Sita... ¿No eres mi hermana por el afecto? ¿No eres igual a mí en el palacio de Dani-Sar? ¿No fuí yo la primera en revelarte su amor y en decirte que en sueños le oí mil veces pronunciar tu nombre?

SITA.—¡Calla! Te dije que mi padre me llevaría lejos de aquí.

MAM.—¿Por qué? No temas. ¿No sabes que Dani-Sar debe elegir una segunda esposa, porque sus hijos han de heredar el trono?

SITA.—No me atormentes... Sabes cuánto te amo... No tu hermana, tu esclava seré siempre; pero no digas que yo sola puedo ser la esposa de Dani-Sar.

MAM.—¿Porque amas al príncipe Duraní?

SITA.—Con todo mi corazón.

MAM.—¿No sabes que la hija de un creyente no puede ser la esposa de quien abandonó su patria, y ya es impuro y no podrá entrar en el paraíso de los dioses?

SITA.—El príncipe Duraní expiará con larga penitencia su pecado y volverá a purificarse. ¡Ten compasión! No me pidas que deje de amarle; es lo único en que no sabré obedecerte.

MAM.—Porque le amas obedecerás. Oyelo bien: si no consientes en ser esposa de Duni-Sar; si al preguntarte si le amas como él te ama, no respondes que es suyo por entero tu corazón; si no niegas que amas al príncipe Duraní, la muerte para él y para los tuyos.

SITA.—¡Por piedad!

MAM.—El príncipe Duraní está maldito, y cualquier creyente rescatará todas sus culpas ante los dioses sólo con darle muerte.

SITA.—Eres cruel.

MAM.—¿Cruel y quiero salvarle?

SITA.—¡Yo no podré vivir sin su amor! Si él vive sin el mío creeré que no me amó nunca.

MAM.—¡Padre, Nagpur! Decidle que los dioses y la patria exigen el sacrificio; que sólo a ese precio vivirá el príncipe Duraní.

JHAN.—Sólo así respetaremos su vida los leales.

NAG.—Sólo así le perdonaremos los creyentes.

MAM.—(Bajo a Jhansi y a Nagpur.) Sólo así se odiarán los hermanos.

SITA.—¡Mamni! Por el amor que nos unió siempre, no quieras convertirlo en odio uniéndome a Dani Sar. Reina tú sola en su corazón; no destroces el mío.

MAM.—¿Qué me importa tu corazón ni el de Dani-Sar? ¿Contó alguien con el mío al unirme a él? ¡Contaron, sí! Pero no para el amor, sino para el odio. Mi odio y el de todos los míos al extranjero. Mientras seamos esclavos, ¿quién habla de amor entre nosotros? ¡El odio sólo, sólo el odio debe unirnos! El odio que dé muerte al extranjero, no el amor que dé vida a hijos esclavos.

Dichos, Dani-Sar y Duraní.

DANI-SAR.—¡Jhansi, Nagpur, pronto! Mi guardia se resiste a obedecerme. Arrojaron las armas. Y esa turba de insensatos grita ¡Muera Silandia! Reducidlos a la obediencia. Tú que fuiste su caudillo; tú en nombre de los dioses.

JHAN.—Si no obedecen a su rey, ¿cómo nos obedecerán a nosotros?

DANI-SAR.—¡Su rey! ¡Miserables! Lo conozco; es obra vuestra todo esto. Otra vez queréis arrojarme a la guerra; no soy yo, sois vosotros los que entregáis el Nirván al extranjero. ¡Pronto! Reducid a la obediencia a esos soldados, o las tropas de Silandia acudirán a mí para castigarlos.

NAG.—¿Tanto crees que es nuestro poder? ¿Podrá ser mayor que el tuyo?

DANI SAR.—¡Basta, Nagpur! Esa turba que espera la luz del sol no verá brillar al amanecer el Dragón de fuego, ¿entiendes?, no lo verá. Tú, sacerdote, intérprete de los prodigios celestiales, les dirás que cesaron los prodigios.

MAM.—(Bajo a Nagpur.) ¡Obedece! ¡No es tiempo todavía!

NAG.—Obedezco, Dani-Sar. Una sola palabra mía bastará para reducir a esos creyentes. Pero asómate a la terraza más alta de tu palacio al amanecer, mira al cielo, y acaso porque no eres creyente no verás brillar el Dragón; pero mira a la tierra y verás las viviendas y los campos como abrasados por terrible incendio. ¡Por cada llama un creyente y un soldado! ¡Los que esperan en ti para libertar al Nirván del extranjero! ¡Ay de ti, si no quieres ser el caudillo libertador! Ese fuego, que es la luz de nuestra esperanza, será el remedio de nuestra desesperación; y las llamas de su incendio subirán hasta la terraza más alta de tu palacio, tan cerca del cielo que no sepas entonces de quién es la venganza, si de los hombres o de los dioses. (Salen Jhansi y Nagpur.)

DANI-SAR.—¡Hermano, hermano, ven a mí! Dejadme todos; todos menos él. ¡Dejadnos!

MAM.—(A Sita.) Ya lo ves. Dani-Sar ama al príncipe Duraní. ¡Si supiera que tú le amabas, su amor se convertiría en odio!

SITA.—El corazón de Dani Sar es noble, es generoso.

MAM.—Te ama. Es el rey, y por serlo dió muerte a su otro hermano. (Salen Mamni, Sita, Kora y Nadí.)

Dani-Sar y Duraní.

DANI-SAR.—¡Hermano, no te apartes de mí! ¡Junto a mi corazón! ¡Los dos, uno solo! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

DUR.—¿Miedo a qué?

DANI-SAR.—A la maldad de los hombres. Quieren la guerra, el odio. ¡El odio siempre! ¡Enemigo! ¡Extranjero! ¿Por qué esos nombres? ¿Qué significan esas palabras? ¿Por qué han de odiarnos? ¡Porque su color es pálido, dorado sus cabellos y con ojos azules! ¿Por qué han de mirar al Nirván como tierra enemiga? El cielo de su patria es negro, su tierra estéril. Si aman la luz de nuestro cielo, más clara en nuestras noches que en sus días; si aman nuestra tierra, estéril para nosotros, por ellos fertilizada, ¿por qué no han de amarnos también si con amor los acogemos? ¿Qué era el Nirván antes de que ellos vinieran? ¡Quieren que los odie respondiendo a palabras que ningún sentimiento de odio despiertan en mi corazón! Y no a ellos solo; quieren que te odie a ti también. También te llaman extranjero, enemigo. Quieren ponernos frente a frente; que tus manos o las mías otra vez viertan sangre de hermano. ¡Y no será, no será! ¿Verda que no, Duraní? La maldad y el odio de los hombres no serán más fuertes que nuestro amor.

DUR.—¡No, hermano mío, yo nada ambiciono!

DANI-SAR.—Y si ambicionaras ser rey, no tendrías que combatir contra mí para serlo. No mis enemigos, yo mismo te sentaría en el trono. ¡Habla con verdad, Duraní! Eres el preferido de Silandia; yo inspiro recelos porque Franconia me ayudó a combatir a nuestro hermano. A ti, Silandia te defendería siempre contra los rebeldes; a mí, nadie me seguiría. Para el Nirván soy demasiado amigo de Silandia; para Silandia aun no lo soy bastante.

DUR.-¿Por qué hablas así? Mientras Silandia nos proteja, la paz está asegurada.

DANI-SAR.—¡No, tengo miedo! ¡Tengo miedo, hermano! Miedo a los míos y miedo a los extranjeros. ¡Miedo a la muerte, sí! Sólo a ti lo diría: Dani-Sar es cobarde. Pensar en la muerte me enloquece. Cuando pienso, parece que mi alma se llena de todas las cosas que viven en el mundo: que el cielo, la luz, los campos, los mares y muchas vidas; muchas y todos los amores y todos los deseos del mundo están en mí; y que yo soy toda la vida y todo se estremece con espanto dentro de mí, al pensar que todo ha de morir si yo muero. La vida es muy hermosa.

DUR.—Muy hermosa, ¿verdad?

DANI-SAR.—Yo pudiera ser el último paria de mi reino; un leproso abandonado de todos; sin recuerdo y sin esperanza de goce alguno, y aun quisiera vivir... Me bastaría con cerrar los ojos a mi miseria y soñar la hermosura de la vida... ¡Soñar! Ahora soy rey y no puedo dormir siquiera. El sueño es un peligro. ¡El odio me amenaza; siempre el odio! ¡Cuando mi corazón sólo sabe elevar a los dioses esta sola plegaria de amor infinito, la más hermosa de nuestra religión: «Dios de los dioses, evitad el dolor a cuanto existe!»

DUR.—Hermano mío, vive tranquilo; duerme tranquilo; sueña felicidad mientras esté yo a tu lado. Mi corazón como el tuyo, sólo sabe amar. Todo el odio de la tierra, toda la maldad de los hombres no podrá obscurecer con la sombra de un recelo nuestro cariño. Descansa sobre mi corazón; nadie será capaz de separarnos.

DANI-SAR.—¡Nadie! ¡Ni el amor de una mujer! ¡Vas a saberlo! Yo amaba a Sita, y porque tú la amabas callé siempre y arranqué su amor de mi corazón.

DUR.—¡Hermano!

DANI-SAR.—¡Será tuya! Y más que mi reino; tanto como la vida te doy al entregarte su cariño. ¡Como amé a esa mujer no amaré nunca!

DUR.—Me ofreciste tu reino y me pedías que hablara con verdad. Con toda la verdad de mi corazón te respondí que nada ambicionaba. Ahora, con toda la verdad de mi corazón, no podría decirte lo mismo. Al amor de Sita no podría renunciar sin mentirte; y una mentira entre los dos ya sería el principio de una traición.

DANI-SAR.—Nada te sacrifico. Verte feliz es hacer mayor mi felicidad. (Llamando.) ¡Daulá! (Entra Daulá.) Llama a la reina, a Sita, que vengan aquí al punto. (Sale Daulá. Voces fuera.)

DUR.—(Escuchando.) ¡Espera! ¿No oyes?

DANI-SAR.—Sí. Cuando llamo al amor ruge el odio más desesperado. Acudirán las tropas de Silandia, y otra vez la guerra.

DUR.—¿Oyes?... ¡Muera Silandia!... ¡Muerte al extranjero!... ¿Muerte?... ¡Oh, piden mi muerte!

Dani-Sar.—¡Tu muerte cuando te doy mi vida! (Entran Mamni y Sita.)
Mam.—¿Nos llamaste?
Dani-Sar.—Sí.
Mam.—Oímos gritar muy cerca de palacio, al pie de la muralla. ¿Nos amenaza algún peligro?
Dani-Sar.—De allá fuera no sé. Ya nada espero de mi guardia rebelde; vendrán soldados de Silandia.
Mam.-¿A defendernos contra los tuyos, o quizás a considerarte como enemigo porque no sabes hacerte obedecer? Si no puedes ser rey del Nirván, menos podrás serlo de Silandia. Para ella cuenta con otro rey, que ella misma ha criado como madre previsora: el príncipe Duraní, que en mala hora abandonó a los suyos.
Dur.—¡Mamni!
Dani-Sar.—¡Es nuestro hermano!
Mam.—Ningún creyente puede llamar hermano al que abandonó su patria y renegó de los dioses. ¡Sus hermanos son los extranjeros! Entre sus mujeres puede elegir esposa. No habrá en todo el Nirván mujer de limpia estirpe que pueda aceptar su amor.
Dur.—¡Mientes!
Dani-Sar.—Sita, tú eres quien debe responder. Duraní te ama, yo consiento en que seas su esposa. Responde con el corazón.
Mam.—Responde.
Sita.—Mamni dice bien.
Dur.—¿Mamni dice bien?... Pero Mamni me odia; ¿tú qué dices?
Dani-Sar.—Responde con el corazon.
Sita.—Ya lo oíste. No puedo amarle; no le amo.
Mam.—¡Estaba segura!
Sita.—No puedo ser su esposa.
Dur.-¿Qué dice, hermano? ¡Tú lo sabías; quisiste humillarme! ¡Ella sabe que tú!...
Dani-Sar.—¿Dudas de mí que callé siempre?
Mam.—Dani-Sar, es a ti solo a quien ella ama. Me reveló su amor al saber que debías elegir nueva esposa. Nunca amó a Duraní.
Dur.—¿Nunca? Entonces no puedo perdonarte. Tu olvido y tu desprecio de ahora, sí. Puede olvidarse, puede odiarse a quien más se amó con razón o sin ella; pero mentir amor cuando no se ha amado, ¿por qué?, ¿por qué?
Dani-Sar.—¿Es cierto? ¿Tú me amas?
Sita.—Es cierto. Seré tu esclava, tu esposa.
Dani-Sar.—¡No! Ya lo oyes; no es mi voluntad. No es la violencia, es su corazón quien la trae a mí y la rechazo si su amor nos separa. ¡Duraní, hermano mío, ni por ella!

Dichos, Daulá, Coronel Estevens, Capitán Francis y soldados de Silandia.

Dau.—¡Dani-Sar! Enviados del general duque de Ford.
Dani-Sar.—Llegad.
Est.—Perdónanos, Majestad, que entremos aquí de este modo; el general nos envía a tí. Los soldados nirvaneses se resisten a obedecer a nuestros oficiales contra esa turba amotinada, y nuestras tropas deben reprimir la sedición. Pero es preciso que sea por orden vuestra. Silandia no puede aceptar la resposabilidad de lo que suceda. ¡Seguidnos! Es preciso que los nirvaneses os vean desde la muralla y sepan que es su rey quien demandó nuestro auxilio.
Mam.—¡No tardes! Sé tú quien ordene al extranjero la muerte de los tuyos.
Est.—Las órdenes del general no admiten dilación.
Mam.—¡Así, como a un esclavo! ¡Obedece, rey del Nirván, esclavo de Silandia!
Dani-Sar.—¡Salgamos! (A Daraní.) Ven conmigo.
Est.—Perdonad. Vuestro hermano no puede acompañaros. Los nirvaneses no deben verle a vuestro lado en esta ocasión.
Dani-Sar.—¿Por qué? Es mi hermano, es el príncipe Duraní.
Mam.—Le quieren limpio de nuestra sangre, para que el odio sólo recaiga sobre ti. ¿No lo comprendes?
Dani-Sar.—No. Saldremos juntos; nos verán siempre unidos.

Est.-¡Príncipe Duraní, cumplimos las órdenes de nuestro general! No saldréis.
Dani-Sar.—¿Es vuestro prisionero?
Est.—Es nuestro protegido, el protegido de Silandia.
Dani-Sar.-¡Ven conmigo, hermano mío! ¡Soy tu hermano, tu rey! ¡Ven conmigo!
Dur.—¿Qué me importa el Nirván? ¿Qué me importa Silandia? Cuanto era amor en mi corazón ha muerto... ¡Ve tú solo!

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Habitación en el Palacio Real.—Nagpur y Jhansi.

Jhan.-No esperemos en Dani-Sar. Nada le importa de su pueblo, nada de nosotros. Desde que su hermano salió de palacio, Dani-Sar evita mi presencia, la de mi hija. Se niega a ver a sus amigos, y si alguno llega a pedirle favor o justicia, le halla entre músicos y bailarines, bufones y juglares; esa es toda su corte. Entretanto, Silandia impone sus leyes y se apodera palmo a palmo de nuestra tierra.

Nag.—¿Nada intentas para libertarnos? Dani Sar es débil; por amor o por miedo es fácil dominarle. Si el amor de tu hija nada consigue, tus amenazas...

Jhan.—Si nosotros nos rebeláramos contra él, Silandia le defendería; y aun son muchos en el Nirván los que aman y respetan a Dani Sar, y se unirían a Silandia para defenderle. Dani-Sar con nosotros, y nuestro triunfo es seguro.

Nag.—Escucha, Jhansi: ¿puedo contar contigo?

Jhan.—Siempre.

Nag.—De nada adviertas a Dani-Sar; cuanto más desprevenido le hallemos, nos será más favorable. Esa misma indiferencia que muestra por todo le hace menos sospechoso a Silandia, que de él nada recela. Los creyentes son mnchos y confían en nosotros y en los dioses. Dani Sar ha dispuesto para mañana, en obsequio al general de Silandia y a sus jefes principales, una regia cacería de tigres en la selva de Sindra. Todos acudirán sin temor alguno; en la ciudad quedarán las tropas de Silandia, sin sus jefes. En estos días, por sendas distintas, ignoradas del extranjero, disfrazando el objeto de su viaje, han salido de la ciudad creyentes en gran número, que habrán ido a reunirse en la selva de Sindra.

Jhan.—¿Y crees que no habrán sospechado?

Nag.—Nada. El general y los suyos, acompañados de Dani Sar, acudirán sin reparo, y entonces la cacería no será de tigres. ¿Comprendes? De la selva de Sindra no volverá un extranjero. Y mientras, aquí, en la ciudad, también cazaremos nosotros. Las tropas de Silandia, sin jefes y desprevenida, no podrán defenderse. Dani-Sar volverá contigo y con los tuyos victorioso a ser rey del Nirván, que entonces podremos llamar nuestro.

Jhan.—Si así fuera...

Nag.—¿Dudas de mí? ¿Dudas de los dioses? ¡No, no brilló una vez el Dragón de fuego que no fuera para gloria del Nirván! Dani-Sar llega... Silencio.

Dichos, Dani-Sar, Kirki, músicos y juglares.

Dani-Sar.—No cantéis más. Todas las canciones hablan de amor y son tristes, porque es triste todo lo que nos habla de amor cuando nadie nos ama... ¿No ha vuelto el príncipe Duraní? El que era mi hermano. ¿No ha vuelto todavía? ¡Dejadme, dejadme! ¿No sabéis que no quiero acordarme de nada? Silandia es generosa; aparta de mí todos los cuidados, nunca fuí más dichoso. Cuida de mi reino, cuida de mi hermano... ¡Es otra vida, otra vida!

Kir.—¡Otra vida! Sin más cuidado que vivir, y hasta de ese cuidado te quitará muy pronto Silandia.

Dani-Sar.—¿Tú también amenazas? ¡A tu oficio, bufón! Yo haré que no puedas hablar nunca, si cada palabra tuya no ahuyenta una tristeza.

Kir.—Aprenderé palabras extranjeras; son las únicas que tienen esa virtud contigo.

Nag.—El bufón es sentencioso.

Kir.—Cuando no quiero ser bufón para los demás, sino para mí.

Jhan.—El rey te mantiene para que le diviertas, no para divertirte tú.

Kir.—Señal de que estoy bien mantenido si estoy alegre. En el contento del

servidor se conoce la bondad del amo. Ved, Dani-Sar está contento, señal de que Silandia es bondadosa.

DANI-SAR.—Yo no sirvo a Silandia; Silandia es quien me sirve. A ella debo la paz de mi reino.

KIR.—Si tu reino estuviera en paz cuando lo estás tú. Pero si tu reino y tú estuvierais lo mismo, padeceríais el hambre y la peste, que no llegaron a tu palacio como no llegó la paz a tu reino.

DANI-SAR.-¿Y es culpa de Silandia la peste y el hambre que siempre padecimos?

KIR.—¿Qué bien nos trajo quien no se llevó nuestros males?

DANI-SAR.—¿No sabes otras burlas?

KIR.—¿Para qué eres rey sino para reirte de las verdades?

DANI-SAR.—¡Calla, o...!

KIR.—¡Perdona, Dani-Sar! Te diré siempre que todos son dichosos en tu reino, que todos te bendicen y nadie odia a Silandia; y si lo crees, trocaremos oficios, porque entonces seré yo quien me ría de ti y vendrás a ser mi bufón.

DANI-SAR.—Jhansi, ¿está todo dispuesto para la cacería?

JHAN.—Todo; será digna de tu grandeza. Hace más de un año que nadie ha dado caza a los tigres.

DANI-SAR.—El general desea enviar algunos vivos a Silandia para ofrecérselos a su rey. ¿Asistirá mi hermano? ¿Qué sabéis de él?

NAG.—Que desde el día en que salió de tu palacio habita con el general y los jefes de Silandia, y con ellos se concierta para quitarte la vida y el trono.

DANI-SAR.—¡No es verdad, no es verdad! ¡Sí, puede serlo! ¿Por qué no responde a los mensajes que le he enviado? ¿Por qué me odia? ¿No sacrifiqué mi amor por el suyo? Sita no es mi esposa, y pudiera serlo. Sé que me ama, y desde aquel día mis ojos no han vuelto a verla. ¡No la verán nunca! ¡Y si yo pudiera mandar en su corazón, su corazón sería del príncipe Duraní!

NAG.—Mal haces en sacrificar tu felicidad a quien sólo responde con su ingratitud a tu sacrificio. Eres como niño, Dani-Sar; huyes de quien te castiga con la verdad, porque te ama, y te confías sin malicia al halago de tu enemigo. Tu hermano te odió siempre; desde que volvió de Silandia, su pensamiento es uno solo: reinar en el Nirván. El amor de Sita fué sólo un pretexto para separarse de ti y maquinar tu ruina concertado con el extranjero. ¡Si tanto amaba a esa mujer, nunca se hubiera separado de ella, nunca hubiera abandonado su patria! ¿Quieres probar hasta dónde llega la maldad de su corazón, y cómo el amor y hasta la vida de esa mujer nada le importa? Envíale un nuevo mensaje, hazle saber que si el amor de Sita es la causa de su alejamiento, y no le basta con saber que nunca será tu esposa, ni tus ojos volverán a mirarla; que si, a pesar de todo, aun se resiste a volver a ti como hermano leal, para que nunca pueda dudar de ti harás dar muerte a esa mujer que os separó en mal hora.

DANI-SAR —Su muerte, no. ¿Qué intentas con esa amenaza?

NAG.—Si tanto es su amor, acudirá a salvarla de la muerte. Pero no volverá. Y entonces, ¿dudarás todavía de que te odia?

DANI-SAR —Dices bien. Por salvar a esa mujer, si es verdad que la ama... ¡Sí, sí, enviaré el mensaje! ¿Y si no vuelve? ¿Si es verdad que me odia?...

JHAN.—¿Le entregarás tu vida y tu reino como quisiste entregarle a la mujer que amas?

DANI-SAR.—¡No, no! ¡Entonces no! ¡Si es verdad que me odia y se unió al extranjero en contra mía, y paga de este modo cuanto le amé, entonces Sita será mi esposa, defenderé su amor y mi vida y mi reino contra Duraní, contra el Nirván entero... y contra Silandia, si juntos vinieran! ¡También yo sé odiar cuando amo! ¡Y a él si fuera verdad! ¡Sí, sí, le enviaré el mensaje! ¡Si mi hermano me odia...! Espera, bufón; ahora burlas no, la verdad como antes. ¿Crees tú que mi hermano me odia?

KIR.—Tenías dos hermanos, y sólo desconfías de uno porque al otro le diste muerte; ya sabes cómo puedes quedarte tranquilo.

DANI-SAR. —¡No! ¡Calla, calla! ¡Sangre de hermano, no! ¡Vendrá, vendrá! ¡Le enviaré el mensaje! (Sale Dani-Sar seguido de Kirki y demás juglares.)

JHAN.—¿Y si vuelve su hermano? ¿Si unidos otra vez...?

NAG.—Ese mensaje no llegará al príncipe Duraní. Dani-Sar no dudará entonces del odio de su hermano, y por miedo se decidirá a luchar contra él. Sólo el miedo es capaz de infundir valor a un cobarde. Ese mensaje en nuestro poder, puede ser algún día la vida del príncipe Duraní en nuestras manos. El peligro de muerte que amenaza a su amada le hará acudir a nosotros cuando le necesitemos; y si nuestra vida peligra algún día, la suya puede responder de la nuestra. Vamos, Jhansi, aun hay que disponer algo para la cacería regia. Ya lo oíste: los extranjeros desean cazar vivos a los tigres del Nirván para enviarlos a su rey enjaulados. Los tigres no son tan piadosos, no saben enjaular; cuando hacen presa, destrozan. De la selva de Sindra no volverá un extranjero. Cuando volváis a la ciudad, tampoco hallaréis uno para preguntaros por los que allá fueron. (Salen.)

CUADRO CUARTO

Salón en el palacio del general duque de Ford.

Mad. Moris, Mad. Estevens, Mad. Francis, Mr. Moris, Mr. Cotton, Pastor y el Capitán Lake

COT.—El alza de nuestras acciones ha sido considerable.

MOR.—Tan pronto como se supo la ruptura de relaciones entre el rey Danir-Sar y su hermano. Los acontecimientos se precipitan; y esta vez, cuando Europa quiera intervenir, será tarde.

COT.—Europa respetará los hechos consumados; es la fórmula.

MOR.—De Suavia nada hay que temer. Siempre he de preferir que el libre paso por el estrecho del Nirván esté garantizado por nosotros mejor que por Franconia, su eterna enemiga. En cuanto a Franconia, comprenderéis ahora que ha sido un golpe muy hábil poner en manos de sus banqueros acciones de nuestra Compañía. El patriotismo y las demás razones sentimentales saben pronto ponerse de acuerdo con el dinero. El alza y baja de los valores marca la pulsación del patriotismo en las naciones. Decidme ahora si yo no tenía razón al proponer a la Compañía la venta de acciones a la banca más poderosa de Franconia.

PAS.—Sobre todo cuando esa banca, más que los intereses de su patria, sirve sus propios intereses.

MOR.—¿Queréis decir por ser judía? No es esa la explicación, amigo mío. Si los que defienden hoy su dinero son, digámoslo así, cosmopolitas, y pueden parecer traidores a su patria en ocasiones, es porque el dinero es el gran ideal de los tiempos modernos, como en otros el ideal religioso; y, como siempre, el ideal científico o artístico está por encima de la patria, y se extiende a toda la Humanidad. Los ideales, por serlo, no reconocen fronteras. El Pastor sabe que en tiempos de persecuciones religiosas los mejores patriotas no dudaban en combatir contra su rey, ni contra su patria, ni en aliarse con el extranjero para defender su religión. La nuestra es el dinero, y estamos en el mismo caso.

PAS.—¡Míster Moris, hay verdades que no deben decirse!

MOR.—Ni yo las publico sino cuando hablo con personas inteligentes. Creí que ahora podía decirlas.

COT.—Seguramente. Sois un hombre extraordinario.

PAS.—¡El alma de nuestra empresa!

MAD. EST.—Sois muy reservado, capitán. Creíamos haber merecido vuestra confianza.

LAKE.—La perdería en cuanto cometiera una indiscreción. Si revelara el secreto de esa aventura amorosa, aunque por lo pronto lo agradeciera vuestra curiosidad, sé bien que luego perdería en vuestra estimación.

MAD. FRAN.—¿Por qué? Nada de eso.

LAKE.—Quiero probar que soy capaz de guardar un secreto que no me pertenece a mí solo. Y como éste, soy capaz de guardar cuantos se me confíen.

MAD. EST.—¿Nos hacéis la ofensa de suponer que necesitamos esa garantía? Sois muy presumido, capitán.

MAD. MOR.—Vuestros amores con la princesa pertenecen a la historia; más aún, a la poesía. Los historiadores y los poetas nunca son bastante indiscretos.

MAD. FRA.—La chismografía de hoy es la historia de mañana.

LAKE.—Por eso debéis permitirme que el tiempo me eleve a la categoría de historiador. Hoy no sería más que indiscreto.

MAD. MOR.—Esa delicadeza os honra, capitán. Y decís bien; como curiosas, lamentamos vuestra reserva; como mujeres, os la agradecemos.

MAD. EST.—(A Mad. Francis.) ¿Qué opináis del «flirteo» de Mad. Moris con el capitán.

MAD. FRA.—Es escandaloso.

MAD EST.—Estoy segura de que a ella le ha contado toda la historia; por eso no tiene interés en saberla.

MAD. FRA.—Es el único oficial que asiste a los jueves de Mad. Moris.

MAD. EST.—Así está enterada de los asuntos militares. Yo sospecho que, más que de una intriga amorosa, se trata de un espionaje. Ya veis cómo el marido no se da por enterado; le tendrá cuenta.

MAD. FRA.—De cualquier modo, debemos advertir al general. Un escándalo en nuestra colonia sería desmoralizador. Aquí debemos guardar más respetos.

MAD. EST.—Entre el elemento civil y el militar no deben existir más relaciones que las puramente amistosas.

MAD. FRA.—No tratándose más que de un «flirteo», el capitán podía haber elegido mejor.

LAKE.—(A Mad. Moris.) Sois la única mujer distinguida de la colonia; la única con quien puede hablarse de todo.

MAD. MOR.—Menos de amor.

LAKE.—Por eso digo que sois la única mujer distinguida. Con las demás sucede lo contrario.

MAD. MOR.—Madame Estevens y madame Francis...

LAKE.—No se sabe cómo hablar con ellas; siempre están a la defensiva. La conversación más inocente les parece una declaración.

MAD. MOR.—Consecuencias del estado de guerra... Están, como este país, bajo el protectorado de Silandia. Para ellas el matrimonio es el protectorado. Pero sueñan con la independencia. En cambio murmuran de las demás.

LAKE.—No se murmura de lo que se sabe: se murmura de lo que se piensa. Cuando alguien, sólo por suposiciones, afirma algo malo de nosotros, es porque tiene la conciencia de que, puesto en el mismo caso, en él sería verdad lo que en nosotros es aparente.

MOR.—El general no revela a nadie sus proyectos; pero no es difícil traslucirlos. El príncipe Durani está en su poder, y es fácil instrumento en sus manos. El rey Dani Sar es un pobre loco rodeado de una corte bárbara y fanática, entre la que vive en continuo sobresalto de ser asesinado. Sólo tiene partidarios entre la hez de su pueblo. Salvajes y miserables, fanatizados por sus sacerdotes, que les hacen creeer en milagros ridículos. Sólo es preciso buscar un pretexto para destronarle. Y si no bastara, suprimirle. El general no tardará en hallar el pretexto.

COT.—Pero destronar a Dani-Sar, sería tanto como decir a Europa que éramos por completo los dueños del Nirván.

MOR.—Si el rey Dani Sar se sublevara contra Silandia, Silandia tendría que defenderse; hacer respetar su protectorado. Europa nada podría decir.

COT.—Sí, en ese caso...

PAS.—Lo importante es proceder con rapidez.

MOR.—Por eso el general no dará un paso sin estar seguro del triunfo.

Dichos, el General Duque de Ford, el Coronel Estevens y el Capitán Francis.

FRA.—¡El general, señores!

GEN.—Perdonad mi desatención, pero estáis en vuestra casa. Estas señoras habrán sabido hacer los honores de ella en mi ausencia. Asuntos urgentes me detuvieron. ¿Qué se cuenta, señores? ¿Qué novedades en la colonia?

MOR.—El alza de nuestras acciones..., ya sabéis.

GEN.—Sí. Además, hoy llegó correo de Silandia.

COT.—¿Qué se dice de la actitud del príncipe Duraní respecto a su hermano?

GEN.—Nada ventajoso significa. Una nueva responsabilidad para Silandia. Pero en el palacio del rey peligraba su vida; los adictos a Dani-Sar odian al prín

cipe. Mi deber era protegerle a toda costa. Por eso no dudé en ofrecerle alojamiento en mi casa.

MAD. MOR.—¿Una taza de te, general?

GEN.—Muy amable, señora.

MAD. MOR.—¿Y está contento el príncipe en su nueva vida?

GEN.—Su carácter es melancólico, como en toda la gente de su raza. Incapaces de un esfuerzo enérgico, a no ser por una sacudida violenta. Y entonces, como niños o como locos, pasan en un instante del abatimiento a la exasperación.

MOR.—¿De modo que el viaje a Silandia y el trato con los europeos no han modificado su carácter?

GEN.—Algo. Pero es una raza inferior llamada a desaparecer. Es cuestión de tiempo.

EST.—Del rey, su hermano, aseguran que ha caido en completa imbecilidad; que vive rodeado de bufones.

MOR.—Los bufones son una institución en este país. Desde los tiempos más remotos asisten a los consejos de los reyes y amenizan con sus chanzas la resolución de los asuntos más serios.

PAS.—En la Cámara de nuestro país tampoco faltan encargados de ese papel. Hay cosas que nos parecen extrañas por el nombre y por el traje, y que, si bien se mira, son iguales en todos los países.

LAKE.—¿Ha preguntado por mí Su Alteza?

GEN.—Se encerró en su habitación y no quiere ver a nadie. Es su hora de llanto, como yo digo.

MAD. FRA.—¿Tiene hora fija para llorar? ¡Qué rareza!

GEN —¡Se acuerda de su amada!

MAD. EST.—¡Pobrecillo! ¿Y llora mucho?

GEN.—Y de un modo especial. Como el quejido de un animalillo enfermo. ¡Qué gente! ¡Raza despreciable! Capitán, sois su amigo. Ved si conseguís traerle aquí para que se distraiga con la compañía de estas señoras.

LAKE.—Haré lo posible. (Sale.)

GEN.—Al anochecer debo unirme a la comitiva regia. El rey nos obsequia con una cacería en la selva de Sindra.

MOR.—Lo sabemos. ¡Es un magnífico espectáculo! Yo asistí a una en tiempos del rey anterior; se cazaron veinte tigres.

MAD. FRA.—Debe ser peligroso.

MOR.—No. Desde los elefantes no hay peligro. ¡No arriesgándose a echar pie a tierra!... Sólo los ojeadores y los guías están expuestos. ¡Cinco fueron destrozados por los tigres en esta cacería!

MAD. EST.—¡Qué horror! ¡Pobre gente!...

MOR.—Está acostumbrada.

PAS.—Estáis preocupado, general.

GEN.—Sí; no puedo negarlo. Espero noticias importantes con impaciencia.

MOR.—En ese caso, os dejamos.

GEN.—No, os lo suplico. Acaso tenga que comunicaros algo interesante. Me podéis esperar paseando por el jardín; a la caída de la tarde está delicioso. Acompañad a estas señoras... Coronel, capitán, quedaos... Hasta muy pronto.

MOR.—¿Habéis observado al general? No hay duda. Los acontecimientos se precipitan. (Salen todos menos el General, el Coronel y el Capitán Francis.)

General, coronel Estevens y el capitán Francis.

GEN.—¿Están cumplidas todas las órdenes?

EST.—Todas, mi general.

GEN.—¿Con el mayor sigilo?

EST.—Y sin la menor sospecha de cuanto se prepara.

GEN.—Ya sabéis. Acompañaremos al rey hasta la selva de Sindra; y a media noche, cuando crean que dormimos en las tiendas dispuestas al efecto, volveremos a escape a la ciudad, adonde hemos de llegar al amanecer. Antes de la hora señalada para la sublevación, estaremos al frente de nuestras tropas, que marcharán a impedir a Dani-Sar y a los suyos la salida de la selva de Sindra. Entre-

tanto, el príncipe Duraní será proclamado por las tropas reales rey del Nirván, bajo el protectorado de Silandia. Pero es preciso que todos cumplan con su deber, cueste lo que cueste. Antes de que en Europa se sepa que combatimos, ha de saberse que hemos triunfado.

Est.—Dani-Sar no podrá defenderse impidiéndole la vuelta a la ciudad.

Fra.—No le quedará más refugio que su ciudad santa de Sindra, en el palacio de su residencia de verano. Allí podrá contar con algunos leales; pero no podrá resistir mucho tiempo.

Gen.—Así lo espero. No creo que intente volver sobre la capital.

Est.—Sería una locura por su parte; una ventaja para nosotros. Aquí, sólo el populacho estará a su favor. Pero las mismas tropas regulares nirvanesas bastarán para sujetarlo.

Gen.—Nuestra intervención debe limitarse a pacificar. Los naturales son los llamados a dirimir sus contiendas y proclamar al nuevo rey. Europa sabrá que el rey Dani Sar, faltando a lo pactado, intentó sublevarse contra Silandia, y Silandia tuvo que defenderse. Con la proclamación del príncipe Duraní como rey del Nirván, nuestro protectorado dejará de ser una forma diplomática, y podremos emprender libremente la obra de la civilización que tanto nos cuesta y que Europa debe agradecernos. (Entra un soldado.)

Sol.-¡General! Un mensajero del rey Dani-Sar desea hablaros en su nombre.

Gen.—(Sale el soldado.) Es Nagpur, el sacerdote del rey; nuestro aliado y buen amigo Pero ya sabéis, capitán; de esta gente no puede uno fiarse. Ese hombre quedará aquí encerrado hasta que todo haya concluído. Esperad cerca. (Salen el coronel y el capitán.)

El General y Nagpur.

Gen.—Temía que faltaras a tu palabra.

Nag.—No quise venir hasta estar asegurado del todo.

Gen.—¿Nada se sospecha en el palacio de Dani-Sar?

Nag.—Nada. Dani Sar envió un nuevo mensaje de paz a su hermano.

Gen.—¿Que habrá quedado en tu poder?

Nag.—Como todos. Pero esta vez Dani-Sar, que ofrecía a su hermano la muerte de la mujer que los dos aman como prenda segura de sus paces, loco de furor al no recibir respuesta, se dispone a servirnos mejor de lo que pensábamos.

Gen.—¿Qué hizo?

Nag.—Ordenar que anunciaran por toda la ciudad su elección de nueva esposa. Pronto oirás los trompeteros y voceadores de palacio proclamar sus bodas con Sita. Al saberlo el príncipe sentirá aumentar el odio hacia su hermano, y cuando yo le diga...

Gen.—¿Qué?

Nag.—Dime tú antes que no hallaste mejor amigo de Silandia.

Gen.—Es cierto. Y Silantia sabrá recompensarte como mereces.

Nag.—Así debe ser. ¡Silandia es grande y poderosa! Venís enviados por los dioses para hacer nuestra felicidad.

Gen.—Te digo que serás bien recompensado. ¿Y mañana?

Nag.—Mañana todos los creyentes proclamarán por su rey al príncipe Duraní, al hijo de los dioses, al protegido de Silandia, de los hijos del cielo.

Gen.—¿Y en la selva de Sindra?

Nag.—Los jefes son nuestros y abandonarán a Dani-Sar a su suerte. Los demás nada importa, parias y miserables desesperados.

Gen.—¿No hubiera sido mejor que todos estuvieran de nuestra parte?

Nag.—Es difícil guardar un secreto entre muchos; con los jefes basta. Los demás necesitan ir engañados; de otro modo no irían, o costaría mucho llevarlos.

Gen.—Es que a toda costa quisiera ahorrar sangre; Silandia no es cruel.

Nag.—¡Señor! Es gente que nada importa; se muere de hambre. (Trompetas y aclamaciones fuera.) ¿Oyes?

Gen.—Sí.

Nag.—¡Lo oirá el príncipe!... ¡Lo oirá el príncipe! ¡Su amada Sita esposa de su hermano! Llámale a tu presencia, he de decirle algo. Silandia no tiene mejor

amigo que yo, porque Silandia es grande y generosa. (Entra el capitán Francis.) Decid a su alteza el príncipe Duraní que necesito hablarle y le ruego que venga.

FRA.—No es preciso. Habrá oído y se apresurará a buscarte.

Dichos, el príncipe Duraní, capitán Lake y el capitán Francis.

LAKE.—Soy vuestro amigo, príncipe. Oídme, calmaos.

DUR.—¡Déjame, amigo mío! ¡Ya lo veis; ya no lloro, porque ya no amo! ¡Traición, traición y mentira en mi hermano, en ella, en todos!... Juró que sus ojos no volverían a mirarla; juró que ni su amor nos separaría, y será su esposa ¡Su esposa la mujer que yo amo! ¡No había en el Nirván otra mujer que la que yo amaba ¡Era verdad! Mi hermano me odia; temía que yo volviera a vengar en él la muerte de nuestro hermano. Porque no tiene hijos, temía que yo pudiera heredarle, y los hijos que han de heredarle han de ser engendrados en la mujer que amé.

EST.—El tigre despierta.

LAKE.—Para caer después en mayor abatimiento.

NAG.—¡Príncipe Duraní, aun no sabes cuánta es la maldad de tu hermano!

DUR.—No hay mayor maldad que faltar a su juramento. Yo era feliz todavía con saber que si el amor de esa mujer fué mentira, no lo era el de mi hermano.

NAG.—Mentira, no. Sita te ama como siempre. Negó su amor y dijo que amaba a Dani Sar, porque la amenazaron con darte muerte si no consentía en ser su esposa. ¡Te lo juro por los dioses! Tu hermano y cuantos le rodean te odian y han jurado tu muerte. Pero nada podrán contra ti; Silandia te proteje.

GEN.—Sí, Alteza.

DUR.—¿Qué dices, Nagpur? ¡Júrame otra vez por tus dioses! ¡Por el más poderoso de todos! ¡Por el Dios que nos hace vivir eternamente vida más miserable en cada vida si faltamos a nuestros juramentos! ¿Es verdad? ¿Sita me ama?

NAG.—¡Por el Dios de la eterna vida, te lo juro!

DUR.—General, soy vuestro. Dadme el amor de esa mujer, y soy vuestro. ¡Ser rey un día antes de que Dani Sar pueda llamarla suya! ¡Y después, mi reino, el Nirván entero con todos sus tesoros, mi vida, todo es vuestro! ¡Todo por su amor!

NAG.—Entonces, cuando mañana los nirvaneses te aclamen por su rey...

DUR.—¡Mañana!...

NAG.—¿Sabrás combatir contra tu hermano?

DUR.—El dió muerte al nuestro sólo por ser rey.

NAG.—¿Estarás con nosotros, príncipe Duraní?

GEN.—¡Quién lo duda!

DUR.—¡Mañana!...

GEN.—Sí, mañana. Ahora retiraos. (A Nagpur.) Acompañad al príncipe. (Al capitán.) Ya sabéis, que nadie salga.

DUR.—¡Mañana, mañana!...

NAG.—Rey del Nirván.

DUR.—¿Qué me importa el Nirván? ¡Rey de su amor!

El General, Mad. Moris Mad. Francis, Mad. Estevens, Mr. Moris, Mr. Cotton, el Pastor y el Coronel Estevens. Hablan todos a un tiempo con gran confusión.

MAD. MOR.—General, ¿es verdad lo que nos ha dicho el coronel?

MAD. EST.—Estamos asustadas.

PAS.—Explicadnos.

MAD. MOR.—¿No podemos saber...?

GEN.—Lo que puedo deciros es que, para vuestra seguridad, no consiento que salgáis de aquí. Graves sucesos se aproximan. En vuestras casas sería mayor el peligro. Sin llamar la atención no es posible enviar fuerza bastante para protegeros. Debo acompañar al rey a la cacería. Hasta mi vuelta tendréis aquí alojamiento seguro. Todo está preparado.

MAD. MOR.—¡Pero, general, es horrible!

COT.—Decidnos... ¿Qué se teme?

MAD. FRA.—¿Qué ocurrirá?

PAS.—¿Y nos dejáis solos?

GEN.—Calma, señores; calma. Sois mis prisioneros. Mañana lo sabréis todo, y acaso pueda compensar vuestra zozobra de ahora con el anuncio de algo que

nos colmará a todos de alegría. Perdonad entretanto mis queridas señoras, estos rigores militares de que todos participamos con el corazón y la esperanza puestos en nuestra patria. ¡Silandia por siempre, señores!

MAD. MOR.—General, su honor y su gloria están en vuestras manos. No hay sacrificio que no aceptemos por ella. ¡Viva Silandia!

CUADRO QUINTO

Una cabaña.—Mamni, Sita, Kora y Nadí.

MAM.—¿No llegan todavía?

KORA.—Nada se oye.

NADI.—Llegamos por la senda más corta, y los esclavos al traernos corrieron más que la comitiva del rey.

SITA.—¿Vendrá el príncipe Duraní con los de Silandia?

MAM.—¿Qué te importa del príncipe Duraní? No vendrá, por desdicha. Silandia le tiene bien guardado. Escuchad.

KORA.—Los esclavos nos darán aviso apenas entre el rey en la selva de Sindra, no te impacientes.

SITA.—¡Tengo miedo, Mamni! ¿Por qué hemos venido sin que Dani-Sar lo supiera? ¿No temes su enojo? No es fiesta para mujeres una cacería de tigres.

MAM.—En la selva de Sindra debemos estar hoy reunidos todos los que amamos a Dani-Sar.

SITA.—¡Si tú no le amas! Si le amaras no me entregarías a él sabiendo que no puedo amarle.

MAM.—¡Qué sabes tú de amor! Llevas sangre de esclavos en tus venas. Naciste y te criaste en la blandura de los palacios reales, entre sus mujeres y sus sacerdotes, sus músicos, poetas y juglares. En su lenguaje de mentiras que adula y acaricia siempre. El aire de sus jardines fué el único aire que respiraste, y aun era rudo para tu pecho, más acostumbrado a respirar en estancias perfumadas. Para ti el amor, débil criatura, es sumisión y abandono de tu vida. El amado es para ti como vencedor; de él imploras y ante él aterras la frente como palma tronchada, y entre sus brazos te refugias como paloma herida, como niño doliente... En mis venas sólo hay sangre de reyes y caudillos gloriosos, estirpe de los dioses. Cuando nací, dos reyes combatían por ser rey uno solo. Mi padre combatía contra los dos, porque los dos, unidos al extranjero, eran traidores al Nirván y a los dioses. ¡Un escudo de guerra fué mi cuna! El aire de selvas y montañas dió vigor a mi pecho, y antes que llantos y suspiros mujeriles, salieron de él gritos de guerra. Mi padre nunca me estrechó en sus brazos. Un día cayó herido junto a mí, y los míos le estrecharon por vez primera para sostenerle. Y así aprendí a abrazar y así amé siempre. ¡Para sostener, para combatir junto al hombre que amo! Y así amo a Dani-Sar, con toda la fiereza de mi corazón. Y él, que no oyó nunca una palabra de amor de mis labios, que no me halló nunca como esclava sumisa ni como esposa enamorada, me hallará hoy como reina, que sólo lleva en su sangre, sangre de reyes y aliento de los dioses, y viene a morir o a triunfar con él en la selva de Sindra.

SITA.—¿A morir o a triunfar? ¿Qué dices? ¡Me da miedo oírte! ¿Por qué has conseguido que te tenga miedo yo, que te amo tanto? ¿Qué mal te hice para que destroces mi corazón?

MAM.—¡Ninguno, Sita! ¿Qué mal puedes tú hacer? Sólo sabes amar. En otro tiempo, favorecer tu amor hubiera sido mi mayor alegría. Yo también entonces hubiera amado como tú, sin otro pensamiento. ¡El Nirván glorioso sería paraiso de amores!... ¡Pero ahora no! El amor es un crimen si roba un solo latido del corazón al odio. ¡Maldita la mujer que con palabras de amor haga olvidar su esclavitud a los hombres del Nirván! ¡Maldita la mujer que entre sus brazos los detenga, dejándoles soñar que son felices cuando son miserables esclavos!

KORA.—La comitiva del rey. ¿No oís? ¡Como el oleaje del mar suena en la selva!

NADI.—Con aparato de guerra llega el rey Dani-Sar a dar caza a los tigres.

KORA.—Llega como triunfador al frente de un ejército victorioso.

NADI.—Los extranjeros parecen sus prisioneros de guerra.

Kora.—Los caballos se ufanan con sus arneses y gualdrapas recamadas de pedrería, como mujeres engalanadas para sus bodas.

Nadi.—Los elefantes tronchan, a su paso, las ramas más fuertes y resoplan gozosos al olor de la selva bravía que les recuerda su libertad.

Kora.—Sobre ellos van los arqueros cazadores, tan diestros en sus tiros que con el aire de sus flechas disparadas acariciarán, por juego, nuestra frente sin temor de herirnos.

Nadi.-Al pie, los esclavos de Nubia, los que esperan al tigre frente a frente sin escudo, y si no aciertan a herirle con sus picas, saben ahogarle entre sus brazos.

Kora.—¿Oís? Ahora suenan más cerca, como mar embravecido.

Nadi.—Como pasan los dioses en la tempestad con sus carros de guerra: hermosos y terribles.

Mam.—¡Hermosas y terribles son siempre las fiestas de la muerte!

Sita.—¿Vendrán aquí? Si Dani-Sar nos halla... ¿No tiemblas como yo?

Mam.—Nadie sabe de esta cabaña, albergue de un santo solitario en otro tiempo... Ya pasaron... Se alejan... Llegará la noche, el descanso, el sueño para todos... ¡Muchos no volverán a despertar! ¡Son fiestas de la muerte! Mañana..., mañana ya veréis. Antes que el sol brillará en el cielo el Dragón de fuego. Y ahora dejadme, quedad aquí, dormid si podéis, no tengáis miedo. ¡Yo voy sola!

Sita.—¡No, Mammi! ¿Dónde vas?

Kora.—Mamni, no saldrás sola, en la noche...

Mam.—¡Dejadme, digo! Conozco el camino. ¡Dani-Sar me espera, mi esposo, nuestro rey! No, no me espera. ¡Es mía la esperanza!... ¡Dejadme, dejadme! Nunca le busqué con todo el amor de mi corazón hasta ahora. (Sale.)

CUADRO SEXTO

La selva de Sindra.—Dani Sar, Jhansi, Kirki y Daulá.

Dani-Sar.—Estoy en tierra de mi reino; como todo el Nirván, es mía esta selva de Sindra y me hallo en ella como tirano usurpador. Una voz misteriosa de alguien más poderoso que los reyes me dice que soy injusto y cruel al venir aquí. ¿No son bastante mis ciudades para ostentar en ella mi grandeza? Hay lugares poblados en mi reino que no recorrí nunca. Toda mi vida no sería bastante para visitar cada uno una vez siquiera. Mis palacios atesoran riquezas cuyo valor cien hombres en cien vidas no podrían estimar justamente. ¡Jardines encantados por los que no paseé nunca! Y a más de todo, para soñar cosas mejores, libros de poesía, que al abrirlos son como puertas de oro que se abren al mundo de los sueños... ¡Y no los leí nunca! Y he de venir aquí, a esta selva sagrada, donde con toda mi grandeza no podría subsistir yo solo muchos días. ¡Lugar despiadado para un rey, para las fieras un paraíso! ¡Qué injustas son las conquistas del hombre! ¡No soy tan dueño del Nirván con todos sus pobladores, como de esta selva lo son los suyos! ¡Hay en la selva amores en nidos y cubiles, madres que habrán temblado con espanto por sus hijuelos, sintiendo estremecerse la selva al llegar de mi regia comitiva! Llegamos como a una fiesta y volveremos gozosos con trofeos de pieles y plumajes, mientras la selva resonará con rugidos de llanto en sus cubiles y piar de avecillas hambrientas en sus nidos. Aves y fieras comprenderán que han pasado los hombres, porque han pasado el dolor y la muerte.

Kir.—No des un paso, Dani-Sar, si has de compadecerte de la hierba que pisas. Por mirar a tus pies no miras sobre tu frente. El Nirván era para nosotros como esta selva para sus tigres. Silandia es nuestro cazador y no se compadece de nosotros, como tú de las fieras.

Jhan.—¿Compadecerse? Nos desprecia. Los tigres son más noble caza para Silandia, porque los tigres saben defenderse.

Kir.—¡Mal hacen en ello! Si no se defendieran no tendríamos por qué darles caza. Si al vernos llegar se presentaran a nosotros humildes como perros, lamieran nuestras manos y se tendieran a nuestros pies, ¿quién intentaría matarlos? En el palacio de Dani-Sar, con preciosos collares de oro, vivirían bien regalados y sin riesgo alguno. ¿No es cierto, Dani-Sar? Es preferible ser perro en un palacio que tigre en una selva. El extranjero puso la corona sobre tu cabeza; pero la

corona era grande, resbaló por tu frente y es collar en tu cuello. ¡Qué importa! Vivirás largos años en tu palacio, todo porque te ofreciste sumiso al extranjero sin intentar defenderte, como las fieras. Jhansi no sabe lo que se dice; son los animales los que han de aprender del hombre, no el hombre de los animales.

JHAN.—Como se endulza a los niños amarga bebida que ha de volverles la salud, así entre burlas hay que endulzar la verdad a los poderosos. ¡Triste condición de los reyes, que sólo llega a ellos la luz de la verdad como la luz del rayo, cuando es a un tiempo resplandor y muerte!

DANI-SAR.—¿Nada falta en las tiendas dispuestas para los de Silandia? ¿Atendiste a todo, Daulá?

DAU.—A todo, señor, como tú lo ordenaste.

DANI-SAR.—Mi fiel Daulá, tú sólo eres mi amigo. Obedeces y callas siempre. Mis mandatos no necesitan para tí más razones que tu amor y tu lealtad. ¿Qué ama en nosotros el que nos quisiera distintos de lo que somos? El amigo que sabe llegar al fondo de nuestro corazón, ese, como tú, ni aconseja ni recrimina; ama y calla. Porque cuando nos ve reir más locamente sabe adivinar triste llanto en nuestro corazón.

JHAN.—¿Sólo es amigo para tí el que obedece y calla? Verás muy pronto como es más amigo el que te obliga a obedecer.

DANI-SAR.—¿A qué puedes obligarme contra mi voluntad?

JHAN.—A defender tu vida si no supiste defender tu reino.

DANI-SAR.—¿Mi vida? ¿Contra quién?

JHAN.—Contra el Nirván entero, que pide su libertad.

DANI-SAR.—¡Su libertad! Una turba de parias que pide su miseria, el hambre, la peste, los males que padeció siempre... ¡A eso llama su libertad!

JHAN.—¿No quieres ser nuestro caudillo?

DANI-SAR.—¡Juré fidelidad a Silandia!

JHAN.—Juramento contra los dioses nada vale.

DANI-SAR.-¡Basta, Jhansi! Esta selva es hoy mi morada, y en ella es mi huésped el extranjero. Nadie me hable en su daño, o por ley de hospitalidad le daré muerte.

MAM.—¿Cómo respetas leyes y juramentos si son contra los tuyos? Ya volverás en ti... Anochece... ¿No vuelves a tu tienda?

DANI-SAR.—No, más tarde. Id vosotros. Yo quedo aquí con Daulá y el silencio de la noche... Los dos callados, amigos los dos... (Salen Jhansi y Kirki.)

DAU.—¡No, Dani-Sar, yo soy tu amigo! Pero la noche no; la noche es traidora. Piensa que estás muy lejos de tu ciudad y de tu palacio; que están allí las tropas de Silandia y estoy yo solo aquí para defenderte.

DANI-SAR.—¡Tú solo! ¿Qué quieres decirme?

DAU.—Que por algo una voz misteriosa te advertía que no debiste entrar en la selva de Sindra, como entraron los de Silandia en el Nirván. Aquí no eres el rey; las selvas y los mares no tienen más rey que a Dios.

DANI-SAR.—¿Qué quieres decirme? Habla.

MAM.—(Saliendo.) No; yo hablaré.

DANI-SAR.—¡Mamni!

MAM.—¡Tu esposa!

DANI-SAR.—¡No quisiera saber a qué viniste! Nunca te trajo el amor a mí.

MAM.—¡Nunca! ¡Es verdad! Porque mi corazón sólo podía unirse al tuyo en un día de muerte o de triunfo como este. Todas las tristezas del Nirván eran mías, todo su odio al extranjero era mío. Míos todos sus sueños de libertad. ¡Hoy es mío todo su amor y toda su esperaza! No es tu esposa quien viene a tí, es el alma del Nirván que busca en tí a su libertador. Hoy será el día primero de nuestro amor, la fiesta de nuestras bodas... ¡Por templo, la selva sagrada de Sindra; por sacrificio a los dioses, la sangre del extranjero!... ¡Selva de Sindra, despierta! ¡Creyentes del Nirván, muerte al extranjero! (Salen por varias partes Jhansi Dulip, soldados nirvaneses y gente del pueblo, gritando: «¡Muerte, muerte al extranjero! ¡Gloria a Dani-Sar! ¡Gloria a los dioses!»)

DANI-SAR.—¿Qué es esto? ¿Qué traición? ¿Qué intentan? ¿Dónde corren? ¡Soy vuestro rey! ¡Oidme, deteneos!

JHAN.—¡Es tarde! De la selva de Sindra no saldrá un extranjero. En la ciudad serán también exterminados.

DANI-SAR.—¡Maldición para mí y para todos! ¡Faltamos a nuestro juramento, violamos la ley sagrada de la hospitalidad! ¡Silandia entera vendrá contra nosotros a vengar nuestra traición! ¡Dejadme, dejadme!

MAM.—¡Es tarde! La muerte habrá sido su despertar. ¡El tuyo mi amor y el de tu pueblo! Sí, esposo mío, ahora soy tuya, ahora te amo como nadie te amó. ¡Toda mi vida para amarte!

DANI SAR.—¡Déjame, Mamni; déjame! Debo salvaros. ¡Y allí mi hermano! ¡Mi hermano! También le darán muerte... ¡Por su amor, por su vida!...

MAM.—¡No irás, no irás! Mi amor te basta. Tendrás en mí todos los amores y todos los goces de la tierra. No buscarás un amor que no halles en mí a cada instante: madre, esposa, hermanos, amigos... En mí hallarás todos los amores leales y fuertes de la tierra, y por ti seré esclava y cortesana, juglar que te divierta, y tus placeres no hallarán nunca hastío. Todas las caricias en mis caricias, todos los besos en mis besos; en mi amor todos los amores.

DANI-SAR.—¡Amor que llega con la muerte! Yo te hubiera amado con todo el amor de mi alma y de mi corazón, allí, en nuestro palacio, en sus jardines floridos siempre. ¿Qué importaba a Silandia nuestro amor? Dichoso nuestro reino, nosotros sin cuidados... ¡Toda la vida para amarnos! Y ahora... la guerra, la muerte... Silandia entera contra nosotros; ¿qué podremos contra ella? ¡No hables de amor! (Vuelven soldados y gente del pueblo, gritando: «¡Traición, traición! ¡Nagpur nos ha vendido! ¡Huyeron!»)

MAM.—¿Quién huyó?

UNO.—Los extranjeros.

TODOS.—¡Nos han vendido! ¡Venganza! ¡La muerte a los traidores, muerte!

OTRO.—¡Corren en su persecución! ¡Les darán alcance! ¡Y en la ciudad...!

MAM.—¡Nos habrán hecho traición como aquí! (Vuelve Jhansi.)

JHAN.—Dani-Sar, los creyentes que perseguían a los jefes de Silandia vuelven a refugiarse en la selva; nos han hecho traición. Las tropas de Silandia estaban prevenidas y nos cierran el paso. En la ciudad, los creyentes han sido vencidos, y la guardia de tu palacio y las tropas de Silandia han proclamado al príncipe Duraní como rey del Nirván.

DANI-SAR.—¿Vive mi hermano? ¡Su traición no me importa! ¡Vive!

JHAN.—¡Sí, vencieron los traidores, pero no triunfarán! En la ciudad de Sindra te esperan leales y creyentes dispuestos a morir por su rey. Para vencernos allí tendrían que atravesar la selva, y en la selva sagrada somos invencibles. ¡Rey Dani-Sar, el Nirván está contigo!

MAM.—¡Sí, mientras mi corazón aliente! ¡A la ciudad de Sindra los leales! (Suenan disparos lejanos.)

TODOS.—¡El extranjero! ¡Las tropas de Silandia! ¡Traición, traición! ¡Venganza!

MAM.—¡No, no entrarán en la selva! ¡Los dioses están con nosotros! Ved... ¡El Dragón de fuego!... ¡Aun es la noche y su resplandor ilumina el cielo!... ¡Dani-Sar, mira!

DANI-SAR.—Es el incendio de mi ciudad que vosotros entregasteis al extranjero. ¡Es la muerte, la muerte!

MAM.—¡Dani-Sar cobarde! Para ti la vida es todo; ¿no defenderás tu vida?

DANI-SAR.—¡La vida, sí; la vida, sí! ¡Pero aun puedo salvarla! ¡No es mía la traición!... ¡Silandia es generosa!

MAM.—¿Qué piensas? ¿Qué intentas? ¿Huir? ¿Implorar su perdón? ¿Lo pensaste? ¡No, ya eres nuestro, del Nirván! ¡Su vida es la tuya! ¡Silandia puede perdonar la traición que les entrega tu reino; el Nirván no perdona! ¡Morirás como traidor a nuestras manos si con tu vida no defiendes tu reino!

DANI-SAR.—¡Mi reino con mi vida!...

MAM.—¡Creyentes del Nirván, seguidle, es vuestro rey!

DANI-SAR.—¿Vuestro rey? ¡Vuestro esclavo!

TODOS.—¡Gloria al rey Dani Sar! ¡Venganza, muerte!

ACTO TERCERO

CUADRO SÉPTIMO

La tienda del rey Dani-Sar.—Dani-Sar, Mamni, Daulá y Kirki.

DANI-SAR.—¿Cuántos murieron hoy? ¿Cuántos desertaron? ¡Así aumenta cada día el número de mis leales!... ¿No era todo el Nirván el que pedía su libertad? ¿Dónde están los creyentes que no acudieron a su rey?

DAU.—¡Otro día! ¡Otro dia eterno sin combatir!

KIR.—¡Necios serían en dar caza a los que ya tienen enjaulados!

DAU.—Con esperar saben que han de vencernos.

DANI-SAR.—¡Esperemos la muerte! ¿Qué dices Mamni? ¡La fiebre te abrasa! ¡También tú me abandonas! ¡Tú, por quien el odio me parecía hermoso como el amor! ¡Mi diosa de la guerra, también me abandonas!

MAM.—¡No, la muerte no! ¡Triunfaremos! ¡Llegaron creyentes de Sindra!

DAU.—Di mejor hambrientos que acuden al campo porque perecen en la ciudad y piensan que aquí estamos abastecidos.

DANI-SAR.—¿Resistiremos todavía? Intentar el combate es buscar muerte desesperada. ¡No vendrán a nosotros, no entrarán en la selva! ¿Qué esperamos aún? Ya lo ves, Mamni, si no hay creyentes ni leales en el Nirván para defender a su rey, ¿por qué sacrificar nuestra vida, nuestra vida que aún puede ser dichosa? Silandia puede perdonarnos. Más traidores conmigo que con ella fueron los que me obligaron a ser traidor contra Silandia.

MAM.-¡Sin los traidores hubiéramos vencido! ¡Si la traición pudiera vengarnos! ¡No hay traición ni venganza, por horrible que las imagine, bastante a satisfacerme!... Pero los enemigos están lejos, y la traición los quiere cerca para acariciarlos... Y entre caricias asegurar mejor la venganza. Ya digo que tienes razón, que Silandia puede perdonarnos, que debemos implorar su perdón y el de tu hermano... ¡Si, pueden perdonarnos; podemos volver allí, cerca, cerca otra vez!

DANI-SAR.—¿Qué traición pensaste para tu venganza?

MAM.—Ninguna, Dani-Sar. Pensaba, como tú, que aun podemos ser dichosos con nuestro amor si tu hermano y Silandia nos perdonan. ¿Qué importa la esclavitud del Nirván? ¿Qué importa el extranjero? ¡Nuestra amor sólo importa! ¡Sí, todo amor en nuestro corazón! No tardes, envía un mensaje de paz a tu hermano; dile que estás pronto a someterte si las condiciones de Silandia son generosas... Volveremos a tu reino, a tu palacio... ¡El amor nos espera! ¡Para todos amor!... Dile a tu hermano que Sita le amó siempre, que fuí yo quien la obligó a negar que le amaba, amenazándola con darle muerte si no consentía en ser tu esposa.

DANI-SAR.—¿Es verdad? ¿Eso hiciste? ¡Traición en todos!

MAM.—¡No contra nuestra patria! Separándote de tu hermano te obligamos a combatir por la libertad del Nirván. ¿Qué importaban todos los odios por este solo amor? ¡Pero nos vendieron traidores!... ¿Y qué podemos contra ellos? ¡Es inútil luchar! Ríndete a Silandia; ofrece a tu hermano tu amor y el corazón de Sita y su felicidad a cambio de nuestra vida, de la paz de tu reino... ¡Vida, paz, amor! No parece tu Mamni la que habla, ¿verdad? Es que mi corazón desfallece como el Nirván asolado. La fiebre me abrasa. Libres o esclavos, ¿qué importa? ¡La vida, el amor en nuestro reino, en nuestro palacio!.. ¡Aquí sólo la muerte, que no me asustó nunca y ahora me espanta como a ti! ¡Morir por culpa de traidores, sin defensa posible, sin venganza!... ¡Ah, no, no! ¡La vida, la vida a cualquier precio! ¡Al de la esclavitud, al de la cobardía!... ¡Ríndete a Silandia, Dani-Sar; no esperemos la muerte! ¡Ahora quiero vivir!

DANI-SAR.—¡Pero suenan a muerte las palabras de amor en tus labios!.. ¡Mamni, no sabe de ellas tu corazón! (Entra Jhansi.)

JHAN.—¡Dani Sar, aun hay esperanza para ti! Mensajeros de Silandia y de quien se llama rey del Nirván, de tu hermano, llegan a ofrecerte la paz.

DANI SAR.—¿De mi hermano? ¿Quién viene de su parte?

JHAN.—Oficiales de Silandia y Nagpur con ellos; el que nos vendió a todos. Silandia no quiere nuestras vidas; le basta con nuestra sumisión. ¿Qué debo responder en tu nombre? Ya respondí en el mío.

MAM.—¿Qué respondiste?

JHAN.—Que sólo muerto me rendiré a Silandia.

MAM.—¡Desesperada locura! Tiempo hay para morir, padre mío. Hazlos llegar a nuestra presencia; oigamos el mensaje de paz.

JHAN.—¿Qué dices, Mamni? ¿Tú consientes en tratar paces con ellos? ¿No eres mi hija? ¿No eres la reina del Nirván?

MAM.—El Nirván ya no existe. es sólo una palabra: tierra sin hombres...

DANI-SAR.—Obedece, Jhansi. Oigamos el mensaje de paz.

JHAN.-Esperaba tu respuesta,y como siempre,me arrojé a prevenir tu cobardía.

DANI-SAR.—¿Qué hiciste?

JHAN.—Los mensajeros de paz son sagrados, ¿no es así? ¡Malditos de los hombres y de los dioses el que atente contra uno de ellos! Pues maldición eterna para mí, porque de los mensajeros de Silandia sólo uno vive, porque debe vivir.

DANI-SAR.—¿Qué dices? ¡Maldición para todos! ¿No respetáis las leyes más sagradas y os llamáis creyentes? ¿Cómo hemos de salvarnos? ¡Disteis muerte a los mensajeros!

MAM.—¡Bien hicisteis! ¿Qué respeto merecen los traidores? Y ese que vive...

JHAN.—Es Nagpur. Y aun vive, porque a cambio de su vida nos ofrece otra vida más valiosa: la del príncipe Duraní.

DANI-SAR.—¿La vida de mi hermano?

MAM.—¿La vida del príncipe Duraní? ¿Es verdad, padre mío? Por el triunfo, no cambiaría ahora nuestra venganza.

DANI SAR.—No, no será. Antes mi vida, antes la vuestra.

JHAN.—¡Antes nuestra venganza! ¡Llegad, mis leales, los últimos creyentes del Nirván! (Salen soldados nirvaneses que desarman a Dani-Sar.)

DANI-SAR.—¡Traidor! ¿Contra tu rey?

JHAN.—Ya no eres nuestro rey. Ya nadie te debe obediencia. ¡Venganza y muerte sólo!

MAM.—¡La vida del príncipe Duraní en nuestras manos! ¿Vendrá a nosotros?

DANI-SAR.—¡No, no vendrá! Silandia le defiende... ¿Quién puede traerle?

MAM.—¡Sí! Tu amor y el de Sita. Vendrá llamado por ti, que le ofreces la paz y el corazón de la mujer que ama, en cambio de tu vida y de tu reino. ¿No se llama rey del Nirván? No será tan esclavo que no pueda burlar la guardia de Silandia para acudir donde el amor le llama.

DANI-SAR.—¡No, no vendrá! Porque todas vuestras traiciones, todos vuestros odios, todos los tormentos con que destrocéis mi cuerpo, como destrozáis mi corazón, no me obligarán a enviarle ese mensaje traicionero, a entregarle a vuestra venganza... ¡No, no vendrá, si soy yo quien ha de llamarle!...

JHAN.—¿Es que no recuerdas haberle llamado nunca?

MAM.—Tu mensaje no llegó entonces a sus manos. Hoy sí llegará.

JHAN.-Por salvar su vida, Nagpur, diestro en traiciones,nos dió el medio de que ese mensaje llegara al príncipe Duraní sin que los de Silandia lo descubrieran.

MAM.—Y si el mensaje llega a sus manos... vendrá; vendrá por tu amor y por el de esa mujer.

DANI SAR.—¿Y seréis capaces de vengar en su vida traición que fué vuestra? ¡Vuestra, sí, que nos pusisteis frente a frente, despertando el odio en nuestro corazón! ¡Traidores unos, otros insensatos, creísteis libertar al Nirván y servíais al extranjero, que hoy gozará del triunfo que nada le cuesta, que ni siquiera le manchó con nuestra sangre, porque fuimos nosotros los que la vertimos... ¡Oh, mi hermano, mi hermano! ¡Más hermano que nunca! ¡Engañado, como yo, por vuestras traiciones! ¡No, no vendrá! ¡Silandia sabrá guardarle, le guardarán los dioses!... ¡Tomad antes mi vida, yo también fuí traidor al Nirván! ¡Más traidor que todos! ¡Lo seré todavía, y me uniré a Silandia para vengar la muerte de mi hermano, si me dejáis con vida!

MAM.—¡No tiembles por él! No queremos su vida. Volverá a tus brazos. Pero no a ser rey del Nirván. Tu reino por el amor de Sita, ¿no era su única ambición? ¡No temas! La fiesta de sus bodas será la fiesta de vuestras paces. (Voces dentro.) ¿Oyes?... ¡Es él! Tu hermano llega... (Voces. Entra Daulá.)

DAU.—Como el vendaval desencadenado por la selva, vimos llegar sobre su caballo al príncipe Duraní. Pocos del Nirván le siguen muy de lejos, ninguno de Silandia. No llega a ti como rey vencedor.

DANI-SAR.—¡No! Es el hermano que llega al hermano. Olvidad que fué vuestra traición y vuestro odio los que le traen a mí... ¡Es el amor, el amor sólo! ¡Maldito el que se interponga entre su corazón y el mío! (Vase.)

MAM.—¡Sí, Dani Sar, corre a su encuentro; ahogad en vuestro abrazo la última esperanza del Nirván!

JHAN.—¿Sabrás perdonar? ¿Olvidaste nuestra venganza?

MAM.—¡La quiero más cruel todavía! ¡Cuando sueñe amor y felicidad, como soñábamos nosotros cuando nos despertó la traición! ¡Cuando sueñe, sí, cuando sueñe!... Un sueño muy hermoso, y el despertar... algo más horrible que la muerte. (Salen.)

CUADRO OCTAVO

La terraza del palacio de Sindra.—Sita, Kora y Nadí.

KORA.—... ¡Y al saber los tres hermanos que los tres morían de amor por la misma mujer, para que nada turbara su fraternal amor, decidieron olvidarla y partir cada uno por distinto camino!

NADÍ.—El uno emprendió viajes sin descanso y sin término. ¡Y era como una vida distinta en cada día de su vida! ¡Porque nunca le amaneció el sol en el mismo cielo y cada primavera eran distintas las flores que vió florecer, y cada vez que oyó palabras de amor, fueron distintos los labios que las pronunciaron!

SITA.—Y no pudo olvidar. El alma es como espejo: distinto le muestra cada imagen que en su cristal se mira; pero él siempre es el mismo.

KORA.—Y el otro hermano consagró su existencia a la sabiduría. Y eran tantos los libros sabios que leyó, que eran cada día distintos sus pensamientos. Porque la verdad aprendida hoy, mentira era mañana.

SITA.—Y no pudo olvidar. Es nuestra alma como el cauce del río: la misma gota de agua no corre dos veces en sus ondas, y el cauce es siempre el mismo.

NADÍ.—Y el otro hermano se hizo santo solitario y era su pensamiento sólo uno: el amor a los dioses y a todas las criaturas.

SITA.—Y no pudo olvidar. Que el amor es uno con nuestra alma, y allí donde está el alma, está nuestro amor. ¡Dejad, dejad vuestro cuento, que bien sé el triste fin! Los genios del mal persiguieron a los tres hermanos, y los tres combatieron en guerra y murieron los tres... ¿No oís? De allá abajo, de la ciudad, llega ruido de gentes... El combate, la guerra... ¡Escuchad!

KORA.—No es ruido de armas, ni las voces suenan airadas...

NADÍ.—No, no... Son aclamaciones alegres, como de paz o de victoria.

SITA.—Si son de paz serán alegres para todos. Si fueran de victoria, de cualquiera que sea, serán siempre tristes para mí.

KORA.—¡Son de paz, son de paz! Porque unos gritan: ¡Viva el rey Dani Sar!, y otros: ¡Viva el príncipe Duraní! Y sin el uno hubiera vencido, no viviría el otro.

SITA.—¿El príncipe Duraní, dices? ¿Si no escuchaste bien?

NADÍ.—¡Viva Dani-Sar!, dicen.

SITA.—¿Dani-Sar?... ¿Y ahora?...

KORA.—Y también el príncipe Duraní... Escucha, escucha...

SITA.—¡Ah, sí! Ahora sí..., el príncipe Duraní.

KORA.—Si él vive, ya no te importa que los gritos sean de victoria, si la victoria es suya.

SITA.—¡No, no! ¡Son de paz, son de paz entre los dos hermanos! Silandia pudo triunfar del Nirván, pero no de su amor... Escuchad, escuchad... Los dos nombres unidos... Por esta alegría me arrancaría el corazón, si mi corazón volviera a separarlos. (Entran Mamni y esclavos.)

MAM.—¿Oíste, hermana mía; oíste?... Nadie primero que yo en saludarte con palabras de amor. ¡Toda la luz del cielo ilumina esta noche de felicidad!

SITA.—¡Mamni! ¿Es cierto? ¿No era la guerra? ¿No es la muerte?

MAM.—No. Es la paz, el amor. Por tu amor vuelve, el que por tu amor huyó de su hermano y se declaró en guerra contra él, y le usurpó su reino... Allá que-

da Silandia, señora del Nirván... ¿Pero qué importa? En la ciudad sagrada se abrazan los hermanos y celebran sus paces al celebrar la fiesta de sus bodas... Ya no hay reyes en el Nirván, sólo hay hermanos... Ya no hay odios. Todo es amor. ¿Qué le importa a Silandia de esta ciudad de Sindra? Todo el Nirván es suyo... Para nuestros dioses sin creyentes, un templo es bastante... Para reyes sin reino, bastante este palacio... ¡No defenderá un solo soldado su recinto! Silandia nada temerá de nosotros si hasta aquí nos persigue, porque nos hallará de fiesta, y por armas sólo verá haces de flores, y por soldados músicos y juglares, y canciones de amor en todos los labios, y sólo un deseo en nuestro corazón: gozar dichosos los goces todos de la vida... ¿Qué le importa a Silandia que seamos dichosos? ¿Qué puede temer de nuestra alegría? Silandia cuidará de nosotros como de nuestros tigres ejaulados; será su orgullo mostrarnos alegres. La jaula estará bien cerrada. Pero nosotros cubriremos sus barrotes de flores y ellos podrán acariciar sin miedo a sus tigres, y dirán al que llegue a contemplarnos: ¿No los veis? Son felices, viven en un jardín siempre florecido, que es como paraíso de amores. A nosotros nos deben su alegría, el Nirván es nuestro; pero no es que nosotros los arrojamos de él, fué que ellos lo cambiaron por esta felicidad.

SITA.—¡Cómo eres, Mamni! Me traes nuevas que alegran el corazón, y haces que mi alegría parezca remordimiento. (Entran Dani Sar, Nagpur, Daulá y soldados.)

DANI SAR.—Juré que mis ojos no volverían a mirarte, y si quebranté mi juramento es porque tu amor me devuelve cuanto por tu amor vi perdido: el amor de mi hermano, la paz de mi reino. Volvió mi hermano y Silandia nos verá unidos, no contra ella, que sólo insensatos y traidores pueden considerarla como enemiga, sino a su lado, para que el Nirván sea dichoso. Acabaron las guerras y los odios. ¡No, Dani-Sar; no, Duraní! La paz y el amor reinan en el Nirván.

MAM.—¿Y Silandia consiente en vuestras paces, que sin ella acordasteis?

DANI-SAR.—Mi hermano llegó aquí como fugitivo, por la única senda que conduce a Sindra ignorada de los de Silandia. Nunca le hubieran dejado venir. Los traidores le hicieron creer en su odio y le hicieron creer en el mío. Mis mensajes de paz no llegaron a sus manos hasta que la traición los llevó.

NAG.—¡No me llames traidor, Dani Sar! No lo es el que todos sus pasos los encamina al bien, cualquiera que sea el camino que emprenda.

DANI-SAR. Sí. Creíste hacer bien. ¡Lo que era bien para ti! Así buscando nuestro bien cada uno, entre todos desatamos el mal sobre la tierra.

SITA.—¿Dónde quedó tu hermano?

DANI SAR.—En el templo, donde debe purificarse antes de llegar a ti como esposo. Mañana será la fiesta de vuestras bodas. Esta noche será consagrada a engalanarte. Los tres velos de la desposada cubrirán tu cuerpo. De oro el primero, porque serás esposa de quien lleva sangre de reyes, y sólo yo, tu rey, podré desceñirlo antes de entregarte a un príncipe de mi linaje. Rosa el segundo, color de la aurora. Y de él te despojarán, antes de entregarte al esposo, las vírgenes que fueron tus compañeras en la niñez. Blanco el tercero. Y de él nadie podrá despojarte, ni tu mismo esposo, porque es el velo sagrado de la castidad, que ha de vestir siempre el cuerpo de la esposa.

MAM.—¡Ven!... Yo misma he de atender a todo. Que no falte ceremonia alguna, para que todos los presagios sean venturosos.

SITA.—¡Dani-Sar, mi señor y mi rey! ¡Hermano de mi esposo, nombre el más grato para mi corazón! ¿Permites que yo también te llame hermano?

DANI-SAR.—¡Nunca te amé tanto! Por ti es ahora todo amor en mi corazón. (Salen Mamni, Kora, Sita, Nadí y esclavas.)

NAG.—¿Por qué te separaste de tu hermano? Desconfía de cuantos le rodean.

DANI-SAR.—¡No, no! ¡En el templo no!... ¿Quién osaría...? Aquí sí, aquí no estaré tranquilo hasta que lleguen las tropas de Silandia. Ellas sólo pueden protegernos a mi hermano y a mí. ¿Crees que no tarden en llegar?

NAG.—Apenas hayan advertido la huída del príncipe Duraní. Silandia no puede abandonarle. Y a tu lado no le juzga seguro.

DANI-SAR.—¡A mi lado, sí! ¡Pero no estoy yo solo! ¡Pronto, Daulá, con tus soldados, los únicos leales!... Apostaos a la entrada de la ciudad, y apenas vean

llegar a las tropas de Silandia, corred a darme aviso. (Salen Daulá y soldados.) Esta noche no saldrá mi hermano del templo. Si llegaran antes del amanecer...

NAG.—¿Y crees que aun allí esté seguro?

DANI-SAR.—Los sacerdotes del templo de Sindra son fieles a sus dioses. Sólo temo de Jhansi y de los suyos. Pero no se atreverán a tanto. ¡Oh, las tropas de Silandia no llegarán nunca! ¡El extranjero ha de defenderme a mí y a los que amo contra los míos! .. ¡Nagpur, muestra ahora los prodigios de tus dioses falsos o verdaderos! ¿No podran llegar antes? ¿Será eterna esta noche? ¿No brillará el Dragón de fuego? (Se oye cantar dentro.)

«Llora, llora mi amada
cuando es dichoso tu corazón.
Llora, llora mi amada,
es dulce llanto, llanto de amor.»

DANI-SAR.—Las doncellas, amigas de Sita, cantan la canción de las bodas, mientras visten su cuerpo con los velos sagrados. Cantad hasta el día. De alla abajo nada se oye... ¡Duerme hasta el amanecer, ciudad de Sindra!... ¿No pudieran llegar de improviso las tropas de Silandia?... ¡Cantad, cantad! Me da miedo el silencio... Oigo el golpear de mi corazón que tiembla. (Vuelven a cantar. Fuera rumores que se van acercando.) ¡Espera! ¡Escucha!... ¡Ahora sí... más cerca!... ¡Las tropas de Silandia! .. ¡Entran en la ciudad!...

NAG.—No. Son los nuestros.

DANI-SAR.—Son mis leales. Vieron llegar a los de Silandia y vienen hacia aquí. ¡Daulá, mis amigos!... (Entran Jhansi, soldados nirvaneses, después el príncipe Duraní entre soldados nirvaneses y gente del pueblo.)

DANI SAR. ¡Ah, tú!... ¿Qué buscas?...

JHAN.—Tu hermano llega a tí, purificado de todas sus culpas, a celebrar la fiesta de sus bodas. ¡No amaneció para el Nirván día más glorioso que este día de vuestras paces! ¿Está todo dispuesto?

DANI-SAR.—Si aun no amanece, ¿cómo salió del templo mi hermano?

JHAN.—Nunca amanecerá para él. (El príncipe Duraní, empujado por los soldados nirvaneses, viene a caer a tierra delante de Dani-Sar.)

DUR.—¡Hermano, hermano!

DANI SAR.—¡Duraní!... ¿Qué hicisteis?...

DUR.—¡No fuiste tú!... ¡No lo creo! ¡Tu amor me llamó!... ¡No fuiste tú!... ¡Mi hermano!...

DANI-SAR.—(Levantando a su hermano y palpando su cuerpo con ansiedad.) ¡Sangre..., no! ¡No es la muerte!... ¿Qué fué entonces? ¡Ah! ¡Sus ojos sin luz!... ¡Duraní, hermano mio! ¿Y has creído que yo...? ¡Traidores! ¡Fieras, sin amor ni piedad! ¡Por la luz del sol que apagásteis para siempre en sus ojos, que la piedad a todo se extinguió para siempre en mi corazon! ¡Venganza como la vuestra! ¡Venganza y muerte! ¡Si todos los dioses juntos, si el más grande de todos, viniera a decirme: «No fueron los hombres, fuí yo, tu dios, quien lo hizo; fué mi castigo, mi justicia, yo lo ordené y los hombres la ejecutaron», no dejaría de vengarme! ¡Si mi padre, que nos engendró a los dos; si mi madre, la que a los dos nos unió en sus entrañas y con el mismo amor nos dió la vida al mismo pecho, salieran de sus tumbas a decirme: «No era tu hermano, no era la nuestra, no era la tuya su sangre», no impedirían mi venganza! ¡Si él mismo me dijera: «Perdona, hermano mío, por mi amor, por nuestro padre, por nuestra madre, por el dios de la eterna vida, por cuanto amas y cuanto crees y cuanto esperas!», no os perdonaría, no escaparíais a mi venganza! ¡Aun cuento con leales, aun soy rey del Nirván para los míos, aun sois pocos para defenderos contra mí y contra Silandia, que se unirá a mí para vengar vuestras traiciones!

JHAN -¡Sí, era su protegido, el rey que quiso darnos! ¡Pero mientras alentara un creyente no podría ser rey del Nirván el traidor a la patria y a los dioses! ¡No atentamos contra su vida, quisimos sólo que no reinara nunca. Y nuestra ley lo dice: «El que fuese mutilado en su cuerpo, no podrá ser rey del Nirván mientras viva.»

DANI-SAR.—«¡Ni entrará en el paraíso de los dioses cuando muera!...» ¡Más allá de la vida llegó vuestra venganza!

DUR.—¡Hermano! ¡Hermano! ¡Ven a mí! ¿Es tu amor o es tu traición la que habla? ¡Ya no veo en tus ojos, ya no puedo leer en tu alma!

Dani-Sar.—¡No dudarás de mí, no podrás dudar nunca de mi amor! ¡Su luz llegará hasta el fondo de tu alma, más que la luz del sol llegó a tus ojos! ¡Fué mi amor el que te llamó y tu esposa te espera, la mujer que yo amé sobre todo! ¡Y será tuya, por mi mano te llevaré a sus brazos, y si no pueden verla tus ojos, más cerca que tus miradas la sentirán los besos de tus labios! ¡Y así, como caricias y besos, llegará a tí la hermosura de cuanto existe!... ¡Por su amor, por el mio, serán tantos los goces de tu vida, que olvidarás que vieron tus ojos! ¡Para tí todo nuestro amor, para tí toda nuestra vida!

Dur —¡Hermano! ¡Hermano! ¡Su venganza no está satisfecha, te darán muerte; huye de aquí, te darán muerte!

Dani-Sar.—¡No, no! Llegarán las tropas de Silandia, estarán a nuestro lado!

Jhan.—Si puedes defenderte hasta que lleguen ¡Creyentes del Nirván, la ciudad sagrada no es del rey, es de los dioses! ¡Muerte a Dani Sar!

Dani-Sar.—¡Muerte a los traidores! (Se oyen disparos dentro.) ¡Ah! ¡Las tropas de Silandia! ¡Nagpur, corre a su encuentro! ¡Seguidle; mis leales! (Salen Nagpur y algunos soldados nirvaneses.) ¡Hermano! ¡A mi lado!

Dur.—¿Dónde estás?... ¡Hermano, hermano! (Entran Mamni y Sita.)

Mam.—El extranjero en la ciudad sagrada. ¡Que no espere nuestra venganza!

Jhan.—¡Nuestra venganza está cumplida, Mamni!

Mam.—¡Ah, Duraní!... ¡Tu esposo, tu amor! Celebrad vuestras bodas, que Silandia os halle unidos.

Sita.—¡Duraní!

Dur.—¡Si, tu amor; la muerte contigo!

Todos.—¡Su muerte!

Sita.—¡Piedad! ¡Su vida, no!

Dur.—¡Maldito seas si no salvas su vida, maldito por siempre!

Jhan.—Llegan los de Silandia. En la selva aun podemos vencerlos. Huyamos dispersados y allí nos juntaremos muy pronto.

Todos.—¡Muerte al príncipe Duraní! ¡Muerte a Dani-Sar! ¡Muerte!

Mam.—Su muerte, no. Que vivan como esclavos. ¡Que Silandia complete nuestra venganza! (Salen Mamni, Jhansi y nirvaneses.)

Dani-Sar, el principe Duraní, después el Capitán Francis, el Coronel Estevens, el Capitán Lake, el General Duque de Ford, Nagpur y Soldados de Silandia.

Fran.—¡Pronto... aquí!... ¡Nadie defiende la entrada!

Nag.—Huyeron.

Est.—¡General!... ¡El rey Dani Sar!

Gen.—¡Que nadie ponga la mano sobre él!

Dani-Sar.—¡Dejadme... dejadme! ¡Nadie me defiende!... ¡Estos son los únicos leales!... ¡Todos me persiguen!... ¡Me persigue el odio..., la muerte!... ¡Os esperaba!... ¿Por qué no vinisteis a salvar a mi hermano? ¡Era el rey del Nirván, era vuestro rey, debísteis salvarle!

Gen.—¡Rey Dani Sar! ¡En nombre de Silandia eres nuestro prisionero!

Dani-Sar.—¿Rey decís todavía? Yo no soy rey, no lo fuí nunca. Prisionero, sí. Lo fuí siempre... Antes de todos, ahora solo vuestro. (Cae de rodillas ante el general tocando el suelo con la frente.)

EPÍLOGO

Salón de un hotel en la capital de Silandia.—Un Maitre de hotel y un Repórter.

Mait.—No insistáis. Nos está prohibido en absoluto revelar a nadie intimidades de la vida de S. M. el rey del Nirván mientras se halle en nuestro establecimiento. Tened en cuenta que es un prisionero de Silandia, aunque, como veis, su prisión es un modelo de «confort» y, si me atreviera a decirlo, de suntuosidad. Sin duda alguna este pobre rey no vivió nunca como ahora vive. Nuestro hotel es el mejor hotel de la metrópoli; cincuenta años de existencia son su mejor garantía; es el favorito de los grandes soberanos y de los grandes personajes. ¡Sólo de los grandes! De los grandes artistas y de las grandes «cocottes.» ¡Sólo de los grandes! Podéis hojear el «álbum» de nuestra casa; contiene los más preciosos autógrafos. Todos laudatorios de nuestro magnífico establecimiento. Po-

déis copiar algunos en vuestro periódico. En cuanto a los detalles íntimos que me pedís referentes a S. M. el rey del Nirván y de Silandia, repito que me es imposible complaceros. Por el momento, nuestro edificio es un edificio nacional. Sus empleados somos dependientes del Gobierno de Silandia. La menor indiscreción de nuestra parte podría promover un nuevo conflicto europeo. Comprenderéis lo delicado de nuestra situación.

Rep.—Es inútil. Mi periódico me envía en un «paquebot» especial, en trenes especiales, con la misión especialísima de informarme de cuanto se refiere al rey Dani-Sar como prisionero de Silandia, y no volveré sin haberme informado de todo, cueste lo que cueste. El Gobierno de Silandia tiene interés en ocultar la verdad, los demás Gobiernos europeos tienen interés en desfigurarla. Nosotros no tenemos más interés que el de informar al mundo entero de la verdad. Si no llego a saberla, me veré precisado a inventarla. Sería muy desagradable. Confirmaré la opinión de toda Europa de que el rey Dani-Sar es objeto de malos tratamientos, de crueles martirios...

Mait.—¿Qué decís? ¡En nuestro hotel!... ¡Y nuestro hotel es lo de menos! El Gobierno de Silandia no le ha tratado nunca como prisionero, sino como huésped y amigo. Europa nos calumnia... ¡Ni el Gobierno ni la Sociedad comanditaria de nuestro hotel pueden consentir en que la calumnia se imponga!

Rep.—Necesito verlo...

Mait.—El rey Dani-Sar se halla tan complacido en Silandia, y principalmente en nuestro hotel, que su mayor tristeza será verse obligado a volver al Nirván. Sus Majestades le reciben a todas horas con gran cariño, como a cualquier soberano europeo, En este momento se halla en Palacio.

Rep.—Necesito verlo...

Mait.—Diariamente recibe las mayores pruebas de afecto. Ved, damas de la corte que le envían flores y dulces, y tarjetas postales para que se digne firmarlas. Los empresarios de todos los teatros le ofrecen palcos para sus espectáculos. Los mejores fotógrafos y los más preclaros artistas no le dejan descansar un momento disputándose el honor de retratarle. Y las más ilustres bellezas profesionales han pretendido sobornarme para que les proporcionara una ligera entrevista con S. M. Proposiciones que no es preciso deciros si han sido rechazadas por mí, con gran indignación, no exenta de la mayor dignidad.

Rep.—Necesito verlo...

Mait.—Como favor señaladísimo y por tratarse del más perfecto caballero que he conocido, corresponsal del mejor periódico del mundo, más que del mundo, de América, os permitiré visitar las habitaciones destinadas a S. M. y a su servidumbre, seguro de que no habréis visto nada semejante.

Rep.—¿Y el rey Dani-Sar permanecerá todavía mucho tiempo en Silandia?

Mait.—Os lo ruego, no me preguntéis nada... El conflicto entre mi amabilidad y mi discreción sería terrible.

Rep.—Perdonad... Una sola pregunta... ¿Es cierto que el rey Dani-Sar se halla muy enfermo por el frío de Silandia?

Mait.—¡Calumnias de la Prensa europea! Ved los termómetros: 36 grados. Es la temperatura constante de sus habitaciones.

Rep.—¿Y es cierto que abusa de las bebidas y de los narcóticos?

Mait.—¡Culumnias! ¡Todo calumnias! Os aseguro que S. M. es el ser más dichoso de la tierra, y que Silandia es para él como el paraiso de su religión, que como sabéis es uno de los paraisos más agradables. (Dentro se oyen voces y algún silbido.) Esperad,.. Su Majestad regresa de Palacio.

Rep.—¡Qué ovación!

Mait.—El populacho, como en todas partes. La Policía no puede siempre evitarlo. A S. M. se le ha hecho creer que en Europa el silbido es una forma de manifestar el entusiasmo. Y S. M. saluda muy agradecido. En este momento entra su carroza en el gran patio. Comprenderéis que ya imposible es que permanezcáis aquí.

Rep.—Al contrario. Esperaré a S. M.

Mait.—Imposible. No queráis comprometerme.

Rep.—Saludarle nada más. Ver su aspecto de cerca.

Mait.—Me comprometéis...

Rep.—Es lo mismo. Espero. (Entran Dani-Sar precedido de algunos soldados de Silandia sin armas. Detrás Nagpur y Daulá, y algunos esclavos nirvaneses.)

Dani-Sar.—Estoy fatigado; tengo frío.

Mait.—(Al Repórter.) Ya lo veis... No es el momento. ¿Vuestra Majestad desea algo?

Dani-Sar.—Nada..., nada... Dejadme. Esperad... Ahora recuerdo. ¿Qué se sabe de aquel pobre criado mío que llevaron ayer enfermo?

Mait.—Siento decir a S. M. que, a pesar de la asistencia de los doctores más eminentes, ha muerto esta mañana.

Dani-Sar.—¡Ha muerto!

Dau.—¡En tierra extranjera! Y todos moriremos como él si no te apiadas de nosotros.

Dani-Sar.—¿Queréis volver al Nirván?... Vosotros sí; pero yo, ¿para qué?

Dau.—Nos moriremos de frío y de tristeza.

Nag.—Silandia te devuelve tu reino. La paz del mundo entero depende de tí, Dani Sar; ya lo oíste.

Dani-Sar.—¡Oh, glorioso destino el mio! Yo puedo más que todos, soy más grande que todos. El mundo entero no podría dar la paz a mi corazón, darme una sola hora de alegria, y de mí, en cambio, depende la paz del mundo entero... ¿Por qué no me adoran todos como a un dios? ¡Dejadme..., dejadme!

Mait.—(Al Repórter.) Vamos...

Rep.—Os he dicho que no. No me iré sin hablarle. ¡Rey del Nirván!

Dani Sar.—¿Quién es? ¿Qué quiere?

Rep.—Un ciudadano de la libre América os saluda. Si algún día Silandia os devuelve la libertad, debéis visitarnos. Yo me atrevería a proponeros...

Mait.—¿Vais a ofrecerle algún contrato?

Rep.—¿Por qué no? Sería un éxito.

Mait.—Sois un impertinente.

Dani-Sar.—¿Qué pretendía? ¿Enseñarme allá como una fiera curiosa?

Mait.—No haga caso S. M.; es un negociante.

Dani-Sar.—Sí; que no disimula sus intenciones. No son como vosotros, ¿verdad? Silandia no me trata como una fiera cazada con trampa; no me ha traído aquí para enseñarme a su gente, como enseña en su jardín zoológico a los tigres que cazaron conmigo. Ayer fuimos a visitarlos. Como yo, están regiamente enjaulados. Su ración es sobrada y se dejan acariciar por sus guardianes. Sólo a nosotros nos extrañaron. Yo esperaba de ellos más simpatía. Son del Nirván como nosotros... Mientras yo les contemplaba, la gente que allí había dejó de contemplarlos a ellos, para contemplarme a mí con más curiosidad que a las fieras, pero con menos simpatía. Eramos tres razas de seres, tan extraños hombres a hombres, como los hombres a las fieras. Tambien sois de otra raza. Miradme bien; satisfaced vuestra curiosidad. Pero podéis contemplarme sin temor y sin odio; nunca hemos combatido y estoy enjaulado. Ahora, dejadme; dejadme con los míos, nos queda poco tiempo de estar juntos.

Mait.—¿Estáis ya satisfecho?

Rep.-Soy el hombre más feliz de la tierra; no sé cómo pagaros esta entrevista.

Mait.—Con una descripción detallada de nuestro hotel en vuestro periódico.

Rep.—Descuidad. Una descripción fantástica... Ya veréis qué reclamo. (Salen el Maitre de hotel y el Repórter.)

Nag.—¿Por qué dijiste que nos quedeba poco tiempo de estar juntos? ¿No aceptaste las condiciones de paz? ¿No te perdona Silandia generosa y te devuelve tu reino?

Dani-Sar.—Soy el prisionero, el esclavo... Y en el palacio del rey de Silandia el vencedor, el poderoso, rodeado de toda su corte, de los ministros, de los embajadores del mundo entero, me estrechan, me acosan, me obligan a firmar un tratado que les entrega mi reino para siempre... No es generosidad la suya, es que Europa los amenaza y los llama crueles y traidores, y necesitan la sombra

de un rey que les entregue por su mano lo que no se atreven a tomar por la suya... ¡Todo lo que ambicionaban, todo es suyo! Pero no es robo, no es despojo; es tributo que paga el Nirván como aliado y amigo de Silandia. Es el precio de mi vida y la paz de mi reino asegurada. Y todos aceptan lo convenido. Unos por interés, otros por cobardía. Cuanto hizo Silandia por el Nirván y conmigo, nada significa si la buena diplomacia de Europa halló buenas palabras para encubrir malas acciones. ¡Y las hallaron las buenas palabras!... ¡Protectorado, indemnización de guerra!... Y otras más altas: ¡civilización, progreso!... Y otras más nobles: ¡clemencia... generosidad! Y Silandia se burla así del mundo entero. Pero yo no volveré al Nirván, donde han muerto todos los que me amaban y todos los que yo amé, y donde sólo viven los que me odian o me desprecian, y son ya tan esclavos, que no habrá uno capaz de darme muerte para vengar en mí a los que murieron... ¡Porque fuí traidor, porque fuí cobarde! ¡Porque sólo supe amar y amé al extranjero como a un hermano, y a mi hermano más que al amor de mi vida! ¡Y no debió ser, no debió ser! Así han destrozado mi corazón y mi reino. No basta amar como yo amé... Para ser fuerte es preciso odiar, es preciso defender nuestros amores con nuestros odios, y yo no supe odiar. Todo era amor en mi corazón, y así le hallaron indefenso la traición, el engaño, la ingratitud, toda la maldad de los hombres.

NAG.—Debes cumplir lo pactado.

DANI-SAR.—¿Para qué quieren que vuelva a ser rey? Porque mi hermano, en quien Silandia confiaba, ya no podía serlo, le abandonaron sin piedad a los rebeldes, y su cuerpo fué despedazado. Y Mamni, Jhansi y sus leales, acosados como fieras en la selva de Sindra, cayeron en su poder y esperan allá prisioneros, que yo vuelva a ejecutar su sentencia de muerte, que Silandia, generosa, no se atreve a cumplir. La venganza, el castigo, la esclavitud de los míos, esas serán mis leyes, mis actos de rey al volver a mi reino. De Silandia, la generosidad, la clemencia, todo lo que les muestre como pacificadores y humanos. A una palabra mía caerán las cabezas de cuantos hablen de libertad en tierra del Nirván... A una palabra suya, la tierra del Nirván será fecundada... Yo les entregaré las riquezas de mi reino y ellos dirán que las descubrieron... Y cuando no haya una sola vida que les estorbe y que yo pueda entregarles, tomarán la mía con una nueva traición, seré otra vez rebelde si así les conviene, comprarán asesinos o sabrán darme la muerte con tal arte, que yo mismo, sintiéndome morir no sepa de qué muero. ¡No, no me iré al Nirván! Aquí mi vida es preciosa para ellos; si muriera prisionero suyo, Europa entera les acusaría de haber sido crueles y asesinos. ¡Y es lo que ellos no quieren! Vivir aquí, es mi seguridad; morir aquí, sería mi venganza. ¡Lo saben, lo saben! Por eso me regalan, por eso me cuidan. Están pendientes de cada pulsación de mis venas, del aire que respiro y del sueño que duermo... Es mi venganza. Ahora no me importa morir. Sé que mi muerte haría extremecer a Silandia. ¡Pues sólo muerto saldré de aquí! ¡Sólo muerto volveré para ser sepultado en la tierra sagrada del Nirván!

NAG.—¡No, Dani Sar! Deliras. . Es la fiebre que te consume la que te hace delirar. Aquí es donde peligra tu vida. El aire de Silandia es mortal para nosotros. Silandia no quiere tu muerte. Su rey envía a sus doctores para cuidar tu vida, y todos aseguran que debes volver al Nirván.

DANI-SAR.—¡Ah! ¿Eso dicen? ¿Aquí es la muerte? ¡La muerte! ¡Bien venida sea! ¡Mi amiga, mi aliada leal! No acudió tan pronto Silandia a salvar a mi hermano y a salvarme. ¡Sus planes, sus traiciones, todo destruído con mi muerte! ¡Oh, muerte poderosa, muerte invencible! Los dos contra Silandia, los dos solos y Silandia vencida. ¡Conmigo mi hermano, todo el Nirván, el mundo entero contra ella, no pudimos tanto! ¡Vencida Silandia, vencida!

DAU.—¡Dani-Sar!

DANI-SAR.—¡Me ahogo!... ¡Qué frío, qué frío!

DAU.—¡Dani Sar!

DANI SAR.—Tu mano abrasa... Sobre mi frente... Así... Como el calor de nuestro sol, que no brillará nunca para mí. (Entra un soldado de Silandia.)

SOL.—El general duque de Ford, desea ver a S. M.

DANI SAR.—¡No, gente de Silandia, no! ¡Vendrán a llevarme, no podré defenderme! ¡Daulá, mi amigo, jura que no me llevarán con vida! ¡Si la muerte no acude, sé leal para mí como la muerte!

NAG.—El rey está muy enfermo; haced llegar al general. (Sale el soldado.)

Dichos, el general duque de Ford, el coronel Estevens, capitán Francis, canitán Lake, Monsieur Moris y el Pastor Evangélico.

NAG.—¡General..., señores!... Dani-Sar se niega a volver al Nirván, y su vida peligra.

GEN.—No es posible. ¿Dónde está el rey?

DAU.—Nuestro rey se muere.

DANI-SAR.—No, no es la muerte todavía. Aun hay fuerzas en mí para defenderme. Ya no creo en vuestros halagos, ya no me engañan vuestras traiciones, ya no es mi confianza por vuestra perfidia, mi amor por vuestro odio... No: ya sé también odiar. Pero no sé mentir. Tarde os conozco, pero con mi último aliento sabré maldeciros. Tarde os odio, pero ya que no supe exterminaros a todos cuando estabais en mi poder, no moriré sin venganza en uno cualquiera de vosotros. ¡Uno de Silandia, uno solo por todo mi odio! Para el vuestro no bastaron todos los que yo amé. (Intenta arrojarse sobre ellos.)

NAG.—¡Dani-Sar!

GEN.—¡Sujetadle!

MOR.—Está loco: no nos engañaron.

GEN.—Cálmate, Dani-Sar. ¿Por qué te ofende nuestra presencia? Somos tus amigos; no es culpa nuestra cuanto sucedió.

DANI SAR.—No es culpa vuestra... Cierto, no es culpa vuestra... Sois soldados, obedecéis a vuestra patria, ni habrá uno solo en vuestra patria que tenga culpa, ni vuestro mismo rey, con ser el rey de todos. Para vengar de un solo golpe tanto daño, ¿dónde habría que buscar el corazón culpable, eso que llamáis vuestra patria y por su nombre os hizo ser injustos, crueles y traidores con el Nirván y conmigo?

GEN.—Aceptaste las generosas condiciones de paz con Silandia, firmaste el tratado, te obligaste a volver a tu reino, que Silandia y Europa entera desean que vuelva a ser tuyo.

DANI-SAR.—¡No iré, no iré, ya lo dije! Que Europa os declare la guerra, que entre todos se repartan mi reino... Prefiero ser aquí vuestro prisionero, a ser allí vuestro esclavo. Aquí, si queréis, podéis asesinarme: pero el mundo entero sabrá que fuisteis mis asesinos. Allí me obligaréis a que yo lo sea... ¡No iré, no iré!... No volverá a verterse en el Nirván una sola gota de sangre en mi nombre. ¡No lleves a un rey, lleva allí a tus verdugos, Silandia! Sé leal una vez siquiera. ¿Qué quieres del Nirván? ¿Su tierra y sus tesoros, y los esclavos que basten a servirte? Pues roba y extermina lealmente. Si eres fuerte, si Europa entera se acobarda ante ti, no necesitas engañarla. Cuando retumbe el estampido de tus cañones en el mar de Nirván, no es preciso que te disculpes con notas diplomáticas. ¡Sé fuerte, Silandia! ¡Y cuando destruyas, todos dirán que civilizas, y cuando seas más cruel, que eres más grande!

GEN.—Observo con tristeza que influyeron en ti los enemigos de Silandia. Pero, cuando nuestra generosidad contigo ha acallado a los más implacables, es injusto que seas tú quien nos respondas de ese modo.

NAG.—Dani-Sar está enfermo, la fiebre le excita...

GEN.—Por eso no tomo en cuenta sus palabras. Procuradle algún descanso porque esta misma noche debemos partir. También yo creía tener derecho al descanso y que Silandia no necesitaría de mí en el Nirván: pero el Gobierno de Su Majestad desea que acompañe de nuevo al rey, y me sacrifico gustoso...

NAG.—Ved... Su exaltación fué pasajera... No tiene fuerzas para sostenerse.

MOR.—Es preciso apresurar la marcha.

GEN.—No hay peligro. Los médicos responden de su vida si sale pronto de Silandia.

DANI SAR.—Tengo frío, mucho frío...

GEN.—¡Retiraos a descansar! Acompañadle.

Dau.—Vamos, Dani-Sar.

Dani-Sar.—¡No iré, no iré!... ¡La muerte en Silandia, prisionero suyo! ¡Tú me defiendes, Daulá! ¡Tú y la muerte! (Salen Dani-Sar y Daulá.)

Mor.—Si muriera...

Gen.—Sería una complicación. Es preciso que llegue al Nirván con vida, y es preciso partir esta misma noche.

Pas.—¿Pero si resiste a volver como dice...?

Mor.—No podréis llevarlo a la fuerza.

Nag.—Vendrá.

Gen.-¿Tú lo aseguras? Confío en ti. Fuiste siempre el mejor amigo de Silandia.

Pas.—Aunque sacerdote de una religión falsa, hay espíritu en él. Y el espíritu es la fuerza, la... Es todo. Aunque en nombre de distintas creencias podemos trabajar unidos. Me ayudaréis en la nueva versión de los «Salmos» en la lengua nirvanesa, y en la de vuestros libros sagrados a la nuestra, que debo hacer por encargo de la Sociedad Políglota.

Gen.—Tiempo tendréis de preparar vuestros trabajos, mi querido Pastor. Lo importante ahora es que Dani-Sar emprenda su viaje esta misma noche sin resistencia alguna.

Mor.—Silandia entera, la capital especialmente, se disponen a festejar con iluminaciones y regocijos populares, la confirmación de la paz. El Gobierno ha dispuesto una manifestación de simpatía para despedir al rey del Nirván. Sería de un efecto deplorable que se retrasara su marcha o le vieran marchar triste y abatido.

Gen.—Habrá algún medio de calmar su excitación, de reanimarle.

Nag.—Hay un medio. Los sacerdotes del Nirván poseemos el secreto de plantas milagrosas que dan fuerza y vigor sobrehumanos y nos sostienen en nuestras largas penitencias. Al principio producen una excitación de salud y de vida. Todo parece alegre y risueño. Después producen uu profundo sopor, que para un cuerpo débil puede ser peligroso. Si Dani Sar no estuviera enfermo...

Gen.—No importa. Nos acompañan en el viaje excelentes doctores, que sabrán prevenir cualquier peligro. Que Dani-Sar parezca reanimado y alegre al salir de Silandia, y después su vida es cuenta nuestra.

Mor.—Una vez en el Nirván será más difícil defenderla. Según noticias, los rebeldes que lograron escapar han jurado su muerte.

Pas.—Sí. Dani-Sar morirá asesinado por algún fanático.

Gen.—Es lo probable, aunque hagamos lo posible por impedirlo.

Nag.—Entonces, ¿me autorizáis para serviros?

Gen.—Siempre nos serviste con lealtad. ¿Nos aseguras que Dani-Sar consentirá en partir esta misma noche?

Nag.—Os lo aseguro. Sin resistencia alguna. Confiad en mí. (Sale.)

Gen—Coronel, capitán Francis, capitán Lake... Os felicito de todo corazón. El Gobierno de S. M. ha aprobado mi propuesta de recompensa.

Est.—Nuestra mejor recompensa es que nos hayan designado nuevamente para acompañaros.

Fra.—Es un honor, al que sabremos siempre corresponder.

Gen.—El capitán Lake no parece tan satisfecho de volver al Nirván.

Lake.—Para mí tiene recuerdos tristes: la muerte del príncipe Duraní, a quien profesé verdadero afecto.

Gen.—Para mí fué también una gran tristeza. Pero no fué culpa nuestra.

Mor.—Decid, general: en caso de que Dani-Sar fuera asesinado por alguno de los suyos, como es de temer, ¿sobrevendrían nuevas complicaciones?

Gen.—Ninguna. Dividiremos el Nirván en provincias y serán gobernadas por naturales del país. Gobernadas sólo en cuanto a ellos se refiere: su administración de justicia, la cobranza de impuestos, que nosotros cobraremos directamente de los gobernadores.

Mor.—Comprendo. Correrá a su cargo todo lo enojoso de la administración.

Pas.—Silandia debe ser sólo el poder supremo, el que repare y evite injusticias y daños.

MOR.—Los gobernadores nirvaneses esquilmarán el país seguramente.

GEN.—Y en ese caso castigaremos a los gobernadores.

PAS.—Confiscando sus bienes.

GEN.—Nuestra obra será de civilización y de progreso.

MOR.—La noticia de que nuestra compañía explotará las minas que el rey Dani Sar cede a Silandia como indemnización de guerra, ha producido un alza considerable en nuestras acciones.

PAS.—Hay quien ha doblado su capital en veinticuatro horas.

MOR.—Nuestro triunfo ha sido completo.

GEN.—Completo si Dani Sar vuelve a su reino con vida. De otro modo, la sensible Europa nos acusaría de haberle asesinado.

MOR.—¿Oís?... Empiezan las manifestaciones populares.

PAS.-¡Qué satisfacción para todos los que hemos contribuido en algo a tan gran empresa! Estoy conmovido. Permitid, general. Un abrazo que nos una a los tres.

MOR.—Los tres grandes poderes para toda obra grande: las armas...

GEN.—El dinero...

PAS.—Y el espíritu, sobre todo.

Dichos, Dani-Sar, Nagpur, Daulá y criados nirvaneses.

GEN.—¡Ah! ¡El rey Dani-Sar! ¿Cómo se halla?

NAG.—Más tranquilo. Consiente en partir esta misma noche, y volverá a su reino, donde sólo le esperan amor y felicidad.

DANI-SAR.—Sí..., llevadme, llevadme. Ya no temo a la muerte, ya no quiero morir... Me devolvéis mi reino, me devolvéis la libertad, la vida...

GEN.—El Nirván será grande y poderoso como Silandia.

MOR.—Enriquecido y civilizado como no lo fué región alguna.

PAS.—Desaparecerán la peste y el hambre, y todas sus miserias.

DANI-SAR.—Y no habrá extranjeros en mi reino, todos serán mis amigos y hermanos. La muerte será generosa como Silandia, y me devolverá a los míos. Será una fiesta de paz y de amor para todos; no faltará ninguno, ni los muertos.

NAG.—¿Oyes?... Silandia te aclama al despedirte.

MOR.—Se ilumina en tu honor.

DANI-SAR.—Es el Dragón de fuego que brilla para gloria del Nirván en el cielo sin luz de Silandia. ¡Duraní, hermano mío! No son los extranjeros, son nuestros hermanos. ¡Tuyo el amor de mi vida; ni el amor de una mujer podrá separarnos! Tu odio, no, Mamni; ¿por qué hemos de odiarnos? ¿Porque su color es pálido, dorados sus cabellos y sus ojos azules? Mi corazón sólo sabe elevar a los dioses esta plegaria: «Dios de los dioses, evitad el dolor a cuanto existe.»

GEN.—Nagpur, ¿qué es esto? ¿Será pasajero su delirio?

NAG.—Os prometí reanimar su cuerpo. ¿No queríais una sombra de rey animada? Con su vida os basta. Del mismo modo que a su rey podréis dominar al Nirván. Es lo menos que puede dejarse a los vencidos: el recuerdo y el sueño. ¡Que recuerde, que sueñe! A vosotros la vida, que es la fuerza, Silandia vencedora.

DANI-SAR.—¿Oís?... ¿Oís?... La canción del Nirván. Llega a mí muy de lejos, como una caricia de todo cuanto amé.

DAU.—No, Dani Sar. No son nuestras canciones. ¿Quién sabe en Silandia las canciones del Nirván?

GEN.-¡Es Silandia que te aclama! Ven a dar a su pueblo tu saludo de despedida.

DANI-SAR.—No. Es el Nirván, es su canción que llora. Dejadme oir, dejadme.

NAG.—Cree escucharla en su delirio. ¡Dani-Sar!

DANI-SAR.—Dejadme oir... ¿Es que no oís como yo? ¡Vive el Nirván: vive cuanto amé en él; es su alma esa canción, y su alma vive! ¡No has vencido, Silandia; no has vencido! (Telón.)

FIN DEL DRAMA

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498